José Fernández del Villar

COLONIA DE LILAS

Comedia en tres actos, en prosa,

original.



MADRID
Sociedad de Autores Españoles, calle del Prado, 24
1925

COLONIA DE LILAS

COLONIA DE LILAS

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

Estrenada en el Teatro Victoria Eugenia, de San Sebastián, el 17 de agosto de 1925, y representada por primera vez en Madrid el 29 de octubre del mismo año.



MADRID

Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado

TELÉFONO 5-51 M

1925

A Federico de Vargas y Soto,

amigo queridísimo, en testimonio de consideración y simpatía.

Con un abrazo de su devotísimo,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA CLARA................	Amparo Martí.
CHARITO LA HEBREA..........	Angelina Vilar.
TITA FILO.....................	Mercedes Sampedro.
DORITA..........................	Monserrat Blanch.
DOÑA CRISTINA.........	María Brú.
ÁFRICA...................... .	Milagros G. Guijarro.
FIFÍ.................	Carmen Martí.
MERCEDES......................	Eulalia Blanch.
CARMELA..........	Amparo Martínez.
LALO PINARES.......	Antonio Suárez.
GONZALO....	Pedro F. Cuenca.
FELIPE LUIS...................	Pedro Sepúlveda.
DON CARLOS........	Salvador Mora.
EL MARQUÉS DE SOMOVILLA..	Alfonso Tudela.
DON FRANCISCO...............	Pedro González.
TONO VIDAL...................	José M. Gallardo.
POPO LINÁN................. ..	Pedro Valdivieso.
QUICO BERMÚDEZ..............	Rafael M. Acebal.
FEDERICO............	Pedro Valdivieso.
RETAMA.........................	Rafael M. Acebal.
UN CAMARERO.................	José Blanch.
UN PEÓN CAMINERO.	José Blanch.

La acción de los actos primero y segundo, en Madrid; la del tercero, en Pinos de la Sierra, pueblo imaginario de la provincia de Segovia, en la sierra del Guadarrama.
Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Las escenas de este primer acto se desarrollan en el saloncito de recibir del amplio cuarto que, en una casa de nueva planta del aristocrático barrio de Argüelles, en Madrid, ocupan don Francisco Vidal y su familia. Puerta al foro, que da a un pasillo, y una en cada lateral. El saloncito está adornado al gusto moderno, con muebles estilo inglés, cortinas de damasco, suelo de parquet, alfombras, tapices, etc., etc. Es de día, por la mañana, en primavera.

—

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. A poco, entran por la derecha, precedidos por TONO VIDAL, sus amigos LALO PINARES, POPO LIÑÁN y QUICO BERMÚDEZ. Los cuatro son pollos de estos que hemos dado en llamar «bien», quizás por paradoja, y visten elegantes trajes de mañana.)

Tono Vidal. Pasad, chicos; pasad, que no os come nadie. Tampoco se ve aquí rastro de persona. A mi familia se la ha tragao la tierra, por lo visto.

Lalo Pinares. Estará en la calle.

Tono Vidal. Seguramente. Ahora nos enteraremos. (Toca un timbre y luego se asoma al pasillo del foro, llamando a voces.) ¡Mercedes! ¡Mercedes!

(Por el foro, aparece MERCEDES, una linda doncellita.)

Mercedes. ¿Llamaba el señorito?

Quico Bermúdez (A Lalo.) ¡Mi madre, qué señora!

Lalo Pinares. Pero, ¿tú no conoces a Mercedes?

Quico Bermúdez. No tengo el gusto.

Popo Liñán. ¡Es definitiva!

Lalo Pinares. ¡Una pochez! (A Mercedes.) ¡Ven aquí, muchacha! (La coge de un brazo y se aprovecha lo que puede.) Con tu permiso, Tono, le voy a presentar a éste a tu doncella. (A Quico.) ¡Fíjate qué monumento! Y que no hay escayola, ni cemento armao; no vayas a pensarte... ¡No hay más que piedra berroqueña! Acércate y comprueba. (Dándole palmaditas en un brazo.) ¡Macizo! Ma... (Sintiendo un vértigo.) ¡María Santísima!

Mercedes. (Desprendiéndose de Lalo, airadamente.) ¡Pero, suélteme usté! ¡Rediez con el señorito! ¡Ni que fuea usté músico!

Lalo Pinares. ¿Yo músico? ¿Por qué?

Mercedes. ¡A ver! ¡Por lo que toca! ¡Gachó con el socio! Tié usté un porvenir en la Banda Municipal.

(Popo y Quico se ríen.)

Popo Liñán. ¡Te ha matao!

Quico Bermúdez. ¡Te ha dejao corrido!

Lalo Pinares. ¡Y que lo digas! Corrido por la Municipal.

Tono Vidal. Bueno; oye tú, Mercedes...

Mercedes. ¿Señorito?

Tono Vidal. ¿Se sabe qué ha sido de mi gente?

Mercedes. Los señores salieron en el auto con la señorita María Clara, a comprarle el regalo de su cumpleaños.

Lalo Pinares. Pero, ¿hoy es el cumpleaños de tu hermana?

Tono Vidal. Hoy, veintitrés de junio.

Lalo Pinares. ¡Hombre, haberlo dicho! Eso se avisa.

Tono Vidal. Tú erés como de casa y no tienes que preocuparte de esas cosas.

Lalo Pinares. Sin embargo. Hubiera tenido gusto... ¿Qué va a decir María Clara?

Tono Vidal. (A Mercedes.) ¿Y hace mucho que salieron?

Mercedes. Cuestión de media hora.

Tono Vidal. Entonces no pueden tardar. ¿Y mi tío?

Mercedes. El señorito Felipe Luis se marchó antes.

Tono Vidal. Habrá ido a ver cómo colocan las últimas piedras del Palacio de Bellas Artes.

Mercedes. No sé.

Popo Liñán. Pero, ¿sigue con su manía?

Tono Vidal. Aumentada por días, chico. Es ya una obsesión. Un hombre que en toda su vida no ha hecho más que las digestiones, resulta ahora el ser más enamorao del trabajo. ¡Del trabajo de los demás! Tú me dirás si hay quien lo entienda.

Lalo Pinares. (Riéndose.) ¡Es famoso tu tío!

Tono Vidal. Mi tío, lo que es, el primer guaja. ¡Menudo peine está! (A Mercedes.) Y en todo ese tiempo, ¿no ha venido nadie, Mercedes? ¿Ninguna visita, ningún recao?...

Mercedes. Un chico con una cesta de flores para la señorita María Clara.

Tono Vidal. ¿Con flores a María? (Se ríen todos.)

Lalo Pinares. ¡Señores, qué herencia!

Quico Bermúdez. ¿A quién se le habrá ocurrido semejante antigualla?

Popo Liñán. Las flores ya no se ven por el mundo.

Quico Bermúdez. Ni se estilan.

Tono Vidal. Me juego la cabeza a que un regalo de esa clase no lo ha podido mandar nadie más que el cursi del novio de mi hermana.

Lalo Pinares. ¿El perfumista? (Se vuelven a reír todos.)

Mercedes. La tarjeta dice: «Marqués de Somovilla».

(Los cuatro, al oír el nombre del Marqués, se miran entre sí y cesan de reirse.)

Tono Vidal. ¡Ah, ya! ¡Del Marqués! Eso es otra cosa. No sabíamos... ¡Muy delicada atención la suya! ¿Verdad?

Lalo Pinares. ¡Calla, chico! ¡Delicadísima!

Tono Vidal. ¡Flores! ¡Qué espiritualidad y qué buen gusto! Somovilla siempre chic y siempre en su sitio. Arruinao o no, él cumple con sus amistades como un perfecto *gentleman.*

Popo Liñán. Es un hombre admirable.

Lalo Pinares. ¡Y qué memoria! ¿Eh? Acordarse del día de hoy, con las cosas que debe tener en la cabeza.

(Popo y Quico se ríen.)

Tono Vidal. ¡Ironías, no, Lalo!

Lalo Pinares. Te juro que no lo he dicho con segunda, ni quería referirme a lo de su mujer. Hablaba de corazón y en su alabanza. Como es la verdad. Acordarse de que hoy es el cumpleaños de tu hermana, cuando a mí, que tenía más motivos que él para no ol-

vidarlo, se me había pasao por alto, es algo que dice mucho en favor de Somovilla.

Tono Vidal. Puedes retirarte, Mercedes.

(Mercedes se va por el foro.)

Quico Bermúdez. Falta saber a quién le habrá sacao Somovilla los diez duros de la cesta.

Lalo Pinares. ¡Hombre, Quico; eso, aunque sea verdad, es de un gusto deplorable! Ya sabemos todos que el Marqués no tiene dos gordas; pero no hay que hacer comentarios sobre ello.

Quico Bermúdez. Bien se conoce que a ti no te ha costao los cuartos.

Popo Liñán. (En voz baja a Quico, mientras Lalo y Tono hablan aparte.) Y que como Lalo lleva la misma marcha que el Marqués, le conviene curarse en salud.

Quico Bermúdez. ¡Ah! Pero, ¿Lalo?..

Popo Liñán. ¿No lo sabías? Sablea... a un quinto que se encuentre por la calle. ¡Quinientas pesetas me debe a mí!

Quico Bermúdez. ¡Pues cuéntalas con los muertos!

Popo Liñán. ¡Anda! Como que ya le he mandao a hacer los recordatorios. Ahora, que el billete—no te creas tú—era un poco dudoso, y entre que me lo taladraran en el Banco o dárselo a Lalo, preferí hacer una obra de caridad.

Quico Bermúdez. Tú siempre generoso, Popo.

Lalo Pinares. ¡En serio, Tono, que no quiero historias! Déjame veinte duros, que me he salido de casa sin dinero y necesito comprarle cualquier fruslería a tu hermana. Precisamente por haber pasao lo que ha pasao, no quiero yo que digan...

Tono Vidal. Pero, chico, no seas idiota. ¿Qué van a decir, ni qué obligación tienes tú? ..

Lalo Pinares. ¡Déjame veinte duros, Tono!

Tono Vidal. ¡Que no, hombre, que no! ¡Tendría que ver!

Popo Liñán. (A Quico, confidencialmente.) Le pide veinte para gastarse dos y guardarse diez y ocho. ¡Este Lalo Pinares es un águila!

Lalo Pinares. (Separándose de Tono.) ¡Como quieras! ¡Me pones en el primer compromiso!

Tono Vidal. ¡Vamos, Panoli! ¡Pues no lo tomas tú muy a pecho!

Quico Bermúdez. Pero, ¿qué pasa?

Lalo Pinares. ¡Nada! ¿Qué va a pasar? Que acabo de enterarme, como vosotros, de que hoy es el cumpleaños de la hermana de éste; que la hermana de éste ha sido, como sabéis, mi pretendida durante mucho tiempo, y todos los años, mal que bien, yo le he hecho un obsequio en la fecha de su natalicio. Si este año, primero en que me ha desahuciao definitivamente para ponerse en relaciones con el perfumista, no le regalo nada, va a creer que es despecho y con muchísima razón, además. Y yo recababa de Tono, al ver que no tenía dinero disponible de momento en mi bolsillo, que me prestara unas pesetas para cubrir el expediente y comprarle a María Clara aquí mismo, sin salir de la calle, una chuchería cualquiera: bombones, una muñeca, lo que fuera. El caso era no señalarme justamente cuando más quería pasar inadvertido; pero éste, que tiene una cabeza como de lo que es, de verdadero futbolista, dura como un peñón, me quiere poner en evidencia y se niega a concederme el crédito que le he pedido. Y en esas estamos. ¡A ver, qué opináis vosotros!

Quico Bermúdez. Chico, pues nosotros...

Tono Vidal. (Interrumpiéndole.) Perdonad y no lo toméis a ofensa. (A Lalo.) Mira, Lalo, opinen éstos lo que opinen, me da igual. Como el desprecio que te ha hecho mi hermana me alcanza a mí también, porque demasiado sabía ella la buena amistad que nos unía y nos une, yo, no sólo me opongo a que le regales en el día de hoy ninguna cosa, sino que te comprometo, desde ahora mismo y sin que puedas alegar excusa ni pretexto, a que te quedes a comer con nosotros.

Lalo Pinares. ¡Pero, chico!...

Tono Vidal. No hay evasiva que me baste. Te quedas a comer y le damos la tarde al perfumista. Hoy va a ser día grande en esta casa. Con motivo de la festividad, están invitados, no sólo el novio de mi hermana, sino también su padre, que por primera vez viene a visitarnos. Creo que es un tipo de género chico.

Lalo Pinares. De género cuadrúpedo. Anda en dos pies por milagro divino.

Tono Vidal. Más a mi favor. Mi hermana ha invitado a mi prima Dorita. Tita Filo también creo que es de las comensales. Con el mismo derecho te invito yo a ti, que eres el amigo más íntimo que tengo. Y no hago

extensiva a vosotros la invitación porque no sé si habrá chuletas para tantos.

Popo Liñán. ¡Tono, por Dios!

Quico Bermúdez. (A Popo.) Lo que es si el perfumista se da cuenta de la broma, van a sobrar chuletas. ¡Y si no, al tiempo!...

Tono Vidal. (A Lalo.) De modo que no hay más que hablar. Te quedas a comer y santas Pascuas. La risa va por barrios, y hoy nos va a tocar reírnos a nosotros.

Lalo Pinares. Como tú quieras. Si te pones así... Pero para mí es de una violencia, Tono...

Tono Vidal. Tú déjate estar. ¡Ya verá María Clara que no se puede jugar, como ella ha jugao, con un amigo mío!

(Por la derecha entra FELIPE LUIS, un solterón recalcitrante, de cuarenta y pico de años, orondo y lustroso, atildado y elegante. En la mano lleva una cajita de finísimos bombones, que acaba de comprar para obsequiar con ella a su sobrina María Clara.)

Felipe Luis. ¡Felices, caballeros!

Lalo Pinares ¡Hola, don Felipe!

Quico Bermúdez. ¡Buenos días, don Felipe!

Popo Liñán. ¡Salud, señor Hermoso!

Tono Vidal. ¿Qué hay, tío Felipe?

Felipe Luis. (Soltando la caja de bombones sobre una mesita y arrellanándose en una butaca.) Lo que tú digas, sobrino. La familia, ¿ha salido?

Tono Vidal. Ha salido.

Felipe Luis. Y yo que temía llegar tarde... (Saca un puro y lo enciende.)

Lalo Pinares. (Refiriéndose al puro.) ¿Viudo, don Felipe?

Felipe Luis. ¿Quién? ¿Yo? Soltero.

Lalo Pinares. Si digo el puro.

Felipe Luis. ¡Ah, ya! El puro, sí; viudo.

Lalo Pinares. Le acompaño en el sentimiento.

Felipe Luis. Muchas gracias, en su nombre. Pero no le gastes chuflas porque, míralo: está que arde. (Y le enseña el puro encendido. Los muchachos ríen.)

Tono Vidal. ¿Qué has hecho esta mañana, tío Felipe?

Felipe Luis. Ochenta cosas, hijo. ¡Bien la he aprovechado, no te creas! En primer lugar he estado más

de una hora entretenido viendo subir los últimos sillares del nuevo Ministerio de Marina. ¡Qué admirable trabajo el de aquellos hombres: al sol, sudando el quilo, echando el bofe!... Las lágrimas se me han saltado un par de veces. ¡Qué abnegación, qué heroísmo el de los pobres obreros! Luego he ido al Hispano a cobrar un cheque. También es digna de encomio la labor de los empleados de los Bancos. ¡Qué actividad la suya, qué ir de un lado para otro, qué esfuerzo poderoso para atender a tanta gente! Confortador, confortador, sobrino, ver como todo el mundo trabaja y se mueve para procurar el sustento diario. Después, al cruzar de la calle de Sevilla a la de Peligros, para comprar en la Mahonesa esta caja de bombones con destino a María Clara, me ha sido grato contemplar la ruda faena del guardia de la porra. ¡Qué espanto, hijo, que no descansar ni un solo instante! (Imitando el sonido de un silbato.) ¡Pi! ¡Pi! Porra arriba. Coches parados. ¡Pi! ¡Pi! Porra abajo. Coches en circulación. Y vengan regates, y recortes, y ceñirse a los autos, y sortear a los simones, sin que le toque ninguno... ¡Genial! ¡Definitivo! ¡Qué gran hombre ese guardia! Acabará molido. ¡Pobrecillo! ¡Cómo me pasma su labor y me conmueve!

Lalo Pinares. Pero, bueno, don Felipe, dígame usted: ¿por qué les tiene usted ese amor y esa admiración a los trabajadores, cuando usted, según me ha confesado muchas veces, no ha hecho nada en su vida?

Felipe Luis. Pues, hijo, justamente por eso. Porque la admiración nace de la impotencia; porque uno admira y celebra precisamente aquello que no sabe hacer. ¿Pagarías tú diez duros por un tendido de sombra cuando torea Belmonte, ni cuarenta pesetas por una butaca del Real cuando canta Fleta, si tuvieras la voz de Fleta o el arte torero de Belmonte? Seguro que no. Pues algo parecido me sucede a mí con todo el que trabaja. Es bien secillo Yo, que no sé, ni he sabido nunca más que estar sentado, me parto el pecho por todo el que da un golpe. La cosa es de una claridad que no necesita reflectores.

Lalo Pinares. Conforme, don Felipe; pero convendrá usted conmigo en que es para tirarse al suelo de risa.

Felipe Luis. Pues, hijo, tírate. Por mí, no lo dejes.

Quico Bermúdez. ¡Qué don Felipe éste!

Felipe Luis. Y vosotros ¿qué? ¿Dónde habéis estado?

Tono Vidal. Entrenándonos en el campo del Madrid para el partido de esta tarde.

(Por el foro cruza, de izquierda a derecha, MERCEDES.)

Lalo Pinares. ¡Tres horas dando patadas, don Felipe!

Felipe Luis. Eso no está mal, hijo mío. Cada cual da lo que puede.

(Por la derecha aparece MERCEDES.)

Mercedes. ¿Señoritos? La señorita Filo con la señorita Dora.

Felipe Luis. (Levantándose y buscando una salida.) ¡Mi madre! ¡Sálvese el que pueda! Lo que es a mí no me cogen.

Tono Vidal. (Sujetándolo.) Pero, ¿dónde vas, tío Felipe?

Felipe Luis. Sobrino, huyendo de tu tía, que es una cataplasma.

Tono Vidal. No pensabas así cuando era joven, que hasta le hacías el amor.

Felipe Luis. Esos son cuentos de ellas.

Tono Vidal. (A Mercedes.) Diles que pasen aquí. (Mercedes se marcha por la derecha.)

Felipe Luis. ¡Suéltame, Tono!

Lalo Pinares. No se vaya usted, don Felipe, que me hace a mí mucha gracia oírle a usted las cosas que le dice a doña Filo.

Tono Vidal. ¡Y que tú verás lo que va a adelantar con ocultarse! Está invitada a comer con nosotros...

Felipe Luis. ¡No me asustes, Tono!

Tono Vidal. Comprenderás que tratándose de una ceremonia familiar como la de hoy y siendo tita Filo hermana de papá, no se iba a prescindir de ella.

Felipe Luis. Pues ya se me ha indigestado la langosta, porque supongo que habrá langosta. Esas son argucias de tu padre para amargarme la comida, pero no le han de valer. Yo procuraré ingeniármelas de modo que lo que él pretende que me obre como revulsivo, me sirva de bicarbonato.

Tono Vidal. ¡Cualquiera que te oiga!...

Felipe Luis. Cualquiera que me oiga dirá que soy un hombre de buen gusto. Aguantar yo a esa solterona, rancia y ridícula, no la aguanto, Tono, no la aguanto.

Tono Vidal. (Echándolo a broma.) ¡Estás loco, tío Felipe!

(Por la derecha aparecen TITA FILO y DORITA, deteniéndose en el umbral de la puerta. Tita Filo es una señora desmedrada, acartonada, de cuarenta y tantos años, que presume de pollita, viste trajes claros y habla muy recortadamente. Dorita es una muchacha de veinte abriles, realmente atractiva y elegante. Ambas llevan en la mano sendos paquetitos.)

Tita Filo. ¿Se puede pasar?

Tono Vidal. (Acudiendo a recibirlas.) ¡Adelante, tía! ¡Pasa, Dorita! ¿De cuándo acá necesitáis vosotras pedir permiso para entrar en vuestra casa?

Tita Filo. Podías no estar solo...

Tono Vidal. Y no lo estoy, pero son amigos de confianza. Ya los conocéis. Lalo, Popo Liñán, Quico Bermúdez...

Tita Filo. (Saludándolos uno por uno.) ¿Qué tal, Lalo? ¿Qué tal Popo? ¿Qué tal, Quico?

Felipe Luis. (Refiriéndose a Tita Filo.) (¡Es el verdadero pájaro americano que se vende en la Puerta del Sol!)

Lalo Pinares. (Dándole la mano a Dorita.) ¿Dorita?

Dorita. ¡Hola, buena pieza! (Después saluda a Popo y a Quico.)

Tita Filo. (Tendiéndole la mano a Felipe Luis.) Felipe Luis Hermoso, Dios te guarde.

Felipe Luis. (Con el mismo tono recortado que ella.) Filomena Vidal, y a ti también.

(Dorita, se acerca a saludar a Felipe Luis y luego se vuelve con Popo y Quico.)

Tita Filo. ¿Y Cristina? ¿Y Paco? ¿Y María Clara?

Tono Vidal. Ahora vendrán. Papá y mamá salieron con la niña para comprarle su regalito.

Tita Filo. (Mostrando el paquetito que lleva en la mano.) Aquí le traigo yo el mío.

Dorita. (Mostrando también su paquete.) ¡Y yo el mío!

Lalo Pinares. (¡Todos con regalos! ¡Se va a notar

más mi imprevisión!...) (Dirigiéndose a tono y en voz baja. ¡Déjame esos veinte duros, Tono!

Tono Vidal. Pero, ¿vuelves a las mismas? ¿No te he dicho ya que no?

Lalo Pinares. ¡Hombre, es que...!

Tono Vidal. No te canses en balde.

Dorita. (A Quico.) ¡A ver cómo quedan ustedes esta tarde!

Quico Bermúdez. ¿Va usted al partido?

Dorita. Jugando usted, yo no pierdo uno.

Quico Bermúdez. ¡Muy amable, Dorita!

(Se sientan unos y otros permanecen de pie, a su comodidad y procurando dar la mayor sensación de realidad posible. Felipe Luis se ha vuelto a arrellanar en el butacón y da chupadas a su veguero, sin preocuparse, al parecer, de la conversación, pero tomando parte en ella cuando lo juzga oportuno. Tita Filo no le quita ojo y de cuando en cuando suspira como mujer enamorada y no correspondida.)

Dorita. Oye, Tono, ¿es verdad lo que nos han dicho, que habéis invitado a la comida a Gonzalo y a su padre?

Tono Vidal. Sí, chica; no ha habido otro remedio. De invitar a Gonzalo, como querían mamá y María Clara, era forzoso invitar también al padre. Como viven solos, sin más familia...

Dorita. Ya, ya. Pero lo que no me explico es la invitación de Gonzalo. No hay razón para ello. Seis meses de relaciones, que son los que lleva con tu hermana, no obligan a este estrechamiento de lazos... Se ve que lo que quieren es amarrarlo bien, no se les vaya a escapar... (Se ríe.)

Tono Vidal. (Ofendido.) ¡Dorita!

Felipe Luis. No le contestes, Tono. ¿No observas que no habla ella sino su despecho?

Dorita. ¿Mi despecho? (Vuelve a reírse.) Por lo menos se creerá usted, don Felipe, que yo me componía por Gonzalo.

Felipe Luis. Tú, no sólo te componías, sino que te descomponías y hasta te descotabas dos deditos más de lo acostumbrado por él.

Dorita. ¿Por él?

Felipe Luis. Por él; porque te habías llegado a figurar que eras tú su preferida. Y cuando, llegada la hora de hablar, te encontraste que, en lugar de contigo, habló con María Clara... yo no diré que te llevaron los

demonios, pero sí tu tita Filo, aquí presente, que para el caso es igual.

Tita Filo. (Airadamente.) ¡Felipe Luis!

Felipe Luis. (En el mismo tono.) ¡Filomena!

Tita Filo. ¡No me tientes!

Felipe Luis. (Imperturbable.) ¡Eso quisieras tú!

Dorita. Es muy poca persona el perfumista para quitarme a mí el sueño, don Felipe.

Lalo Pinares. ¡Y di que sí, chiquilla!

Felipe Luis. ¡Otro que respira por la herida!

Lalo Pinares. ¿Quién? ¿Yo?

Felipe Luis. ¡El moro Muza!

Dorita. ¡Tanto hablar de ese niño como si en él se hubiera acabado el mundo!... ¡Jesús María! ¡Pues sí que es de una familia de abolengo para disputárselo! El padre empezó vendiendo jabones en la Corredera con una tabla colgada al cuello, y el hijo, aunque se haya hecho ingeniero químico, no ha encontrado todavía la fórmula para desterrar ese tufillo a *parvenú* y a palomino atontado que se desprende de toda su persona.

Felipe Luis. Pero el padre tiene hoy, como tú sabes bien, la mejor perfumería de Madrid, en la Carrera de San Jerónimo, y un capital de seis millones de pesetas, y el hijo, que además da la pequeña casualidad de que es hijo único, está rifado, lo que se dice rifado, por todas las chicas casaderas.

Dorita. (Con mal modo.) ¡Pues que buen provecho le haga a la que le toque!

Felipe Luis. Le ha tocado a tu prima.

Dorita. ¡Pues a mi prima!

Tita Filo. (Conciliadora.) ¡Vamos, vamos!... Pero, ¿a qué ponerse así, Dorita?

Dorita. ¡Este don Felipe, que no le gusta más que quemarme la sangre!

(Lalo, Popo Liñán, Quico Bermúdez y Tita Filo, forman corro alrededor de Dorita, consolándola. Por la derecha aparece MERCEDES, que anuncia.)

Mercedes. Las señoritas de Lasarte.

Tono Vidal. ¡Que pasen! (Mercedes se marcha.) Se va a llenar la casa de gente antes de que llegue María Clara. (Acudiendo a recibir a las recién llegadas.) ¡Adelante, amiguitas, adelante! ¡Tanto honor para nosotros!...

(Por la derecha entran en escena ÁFRICA y FIFÍ, dos verdaderas monerías de muchachas, que visten elegantes y vaporosos trajes de mañana. África lleva en la mano un paquetito.)

Africa. ¡Hola, Tono! ¿Y María Clara?

Tono Vidal. No puede tardar.

Fifí. Pero, ¿no está en casa?

(Saludan con verdadera efusión a Tita Filo, Dorita, Felipe Luis y Lalo Pinares.)

Africa. ¡Dorita!... ¡Filo!... ¡Don Felipe! ¡Adiós, Lalo!

Fifí. (A Dorita.) ¡Chica, qué alegría encontrarte aquí!... ¡Filo! ¡Lalo!... ¡Don Felipe!

(África y Fifí, saludan con una inclinación de cabeza a Popo Liñán y Quico Bermúdez, a la cual corresponden ellos en igual forma,)

Tono Vidal. Pero, ¿no se conocen ustedes? Las señoritas de Lasarte, Africa y Fifí. Mis amigos Popo Liñán y Quico Bermúdez.

Popo Liñán. ¡Tanto gusto!

Africa. De vista, ya lo creo. ¿Quién no los conoce? Sobre todo a Quico. ¡Qué portero más formidable! ¡Y qué pantorrillazas tiene usted, hijo! ¡Vaya unas formas! ¿Verdad, Fifí?

Fifí. Con el traje del equipo es un sol.

Quico Bermúdez. (Ruborizado.) Muchas gracias. Favor que ustedes me hacen.

Felipe Luis. (Indignado.) Pero, señores, por los clavos de Cristo, que eso era lo que en mis tiempos les decíamos los hombres a las mujeres: ¡qué bonitas piernas tiene usted! ¿A dónde vamos a parar?

Lalo Pinares. ¡Todo cambia, don Felipe!

Felipe Luis. ¡Ya lo veo, ya; pero no lo comprendo! Y ese pasmao de Quico Bermúdez, todavía se ruboriza y contesta como una damisela: favor que ustedes me hacen... ¡Vamos! Me dicen a mí lo que a él le han dicho, y doy un espectáculo. ¡Qué asco de juventud, qué asco! (Y se va a marchar por la izquierda, pero Tita Filo lo detiene.)

Tita Filo. (Con mirada amorosa y tierno acento.) ¡Es que ya no hay hombres, Felipe Luis!

Felipe Luis. ¡No los hay, Filo! Y tú lo debes saber por experiencia.

Tita Filo. (Con indignación.) ¡Grosero!

Felipe Luis. (Al oído de Tita Filo.) ¡Periquito! (A los demás.) Con permiso de ustedes. (Vase por la izquierda.)

Tono Vidal. (En actitud de escuchar hacia la derecha.) ¡A ver!... Sí. Me parece que son ellos. (Saliendo por la puerta de la derecha y volviendo en seguida.) Sí. Ellos son. ¡Ya tenéis aquí a María Clara!

(En efecto, por la derecha, entran MARÍA CLARA, DOÑA CRISTINA y DON FRANCISCO, con trajes de calle. María Clara es una chiquilla de veinte años, alegre y desenvuelta, pero juiciosa; doña Cristina, una señora de mediana edad, verdaderamente distinguida, y don Francisco, un caballero, en toda la extensión de la palabra. Entre los que llegan y los que están en escena se cruzan saludos y frases de afecto, dentro de la mayor efusividad.)

María Clara. ¡Jesús! ¡Qué concurrencia! No merezco yo tanto. (Besando a las mujeres y dándoles la mano a los hombres.) ¡Tía Filo!

Tita Filo. ¡Que los tengas muy felices, hija mía!

Doña Cristina. ¡Tanto bueno por mi casa!...

Africa. ¡Doña Cristina!

Don Francisco. Así me gusta, así; que los amigos se acuerden de los amigos

Popo Liñán. ¡Querido don Francisco!

Don Francisco. ¡Querido Popo!

María Clara. ¡Dorita! ¡Fifí! ¡África! ¡Hola, Popo! ¡Adiós, Quico! (Saludando a Lalo con menos efusión que a los demás.) ¿Cómo estás, Lalo?

Lalo Pinares. Esperando tu llegada para desearte mil felicidades en el día de hoy.

María Clara (Secamente.) Gracias, chico. (Preguntando a los demás.) ¿Y Gonzalo? ¿No ha venido Gonzalo?

Tono Vidal. Todavía no.

María Clara. ¡Es raro!

Tono Vidal. Hasta que no cierren la tienda...

María Clara. ¡Quizás!

Tono Vidal. ¡Seguro!

Tita Filo. (Entregándole a María Clara el paquetito que lleva en la mano.) María Clara, aquí tienes un modesto recuerdo de tu tía...

María Clara. ¡Pero, tita, por Dios! No había necesidad... (Desatando el paquete y sacando una elegante polverita de plata.) ¡Preciosa polvera! Dios te lo pague. (Enseñándola a los demás.) ¿Verdad que es preciosa?

Don Francisco. (A Tita Filo.) ¡Preciosa, hermana!

Doña Cristina. De muy buen gusto.

Africa. ¡Muy linda! Mírala, Fifí.

Fifí. Sí que es bonita.

Tita Filo. Yo me alegro de haber acertado. Como esta criatura tiene de todo...

Dorita. Lo mío, carece de importancia, chica. (Dándole su paquetito.) Unos pares de medias...

María Clara. (Sacándolas del paquete.) No digas, mujer, si son magníficas... ¡Ya te habrán costado!

Fifí. ¡Veremos si te gusta lo nuestro! Nada; una insignificancia. No vale la pena. (A África.) ¡Dáselo, tú!

Africa. (Dándole su paquetito.) Chica, como estamos ya en pleno verano, hemos creído lo más propio regalarte un abanico. ¡La última novedad de Corominas!

María Clara. Muchas gracias; pero, ¿para qué os habéis metido en eso? (Sacando el abanico de su caja y abriéndolo.) ¡Una idealidad! ¡Precioso! ¡Precioso!

Doña Cristina. No podrás quejarte, hija mía.

María Clara. Al contrario, mamá; estoy confundida, avergonzada...

Lalo Pinares. (Cogiendo la caja de bombones que dejó Felipe Luis sobre la mesita y dándosela a María Clara.) Yo, María Clara, con el fin de endulzarte un poco la existencia, me he permitido traerte esta caja de bombones...

(Popo, Quico y Tono, quedan mudos de la sorpresa, y luego, repuestos, se ríen de la frescura de Lalo y hacen comentarios entre sí.)

Tono Vidal. (Pero, ¿cómo? ¿Los bombones del tío Felipe? ¡Este Lalo, es un cínico!)

Lalo Pinares. (A María Clara.) No vale nada; no veas en ello más que mi buena voluntad, y que no te olvido.

María Clara. (En tono desabrido.) Gracias, Lalo; pero tú eres el que menos debías haberte preocupado de estas cosas.

Lalo Pinares. En mi deseo de obsequiarte con algo...

María Clara. Ya tú sabes que conmigo estabas cumplido, chico

Popo Liñán. (A Quico, en voz baja.) ¡Qué forma más delicada de reiterarle la licencia absoluta!

Quico Bermúdez. (A Popo.) Aquí, Lalo Pinares ha dao en hueso.

Tita Filo. (Dirigiéndose a los padres de María Clara.) ¿Y vosotros? ¿Y vosotros? ¡A ver qué le habéis comprado! ¡Que se enseñe!

María Clara. (Mostrando una medalla de esmalte y piedras

finas, que lleva colgada al cuello.) ¡Digo! ¡Esta medalla! ¡Poco bonita que es!

(Todos se agolpan para ver la medalla, y cada cual va dando su opinión.)

Africa. ¡Amigo! ¡Vaya una alhaja!

Tita Filo. Donde lo hay, se gasta.

Dorita. ¡Preciosa!

Fifí. ¡Divina!

Lalo Pinares. ¡Un primor!

Tono Vidal. ¡Estupenda, chica!

Africa. ¡Que la disfrutes con salud!

Doña Cristina. No merece la pena.

María Clara. ¿De verdad que os parece bien?

Tita Filo. ¡Figúrate!

María Clara. A mí. francamente, me resulta muy elegante. No es llamativa, ni escandalosa... ¡Gusto de mamá!

Popo Liñán. ¡Buen gusto!

Quico Bermúdez. ¡Vaya!

Doña Cristina. ¿Y mi hermano? ¿Y Felipe Luis? ¿No ha venido?

Tono Vidal. Por aquí andaba hace poco.

Doña Cristina. (Asomándose a la puerta de la izquierda y llamando a voces.) ¡Felipe Luis! ¿Dónde se mete esa criatura?

Popo Liñán. (A Lalo, confidencialmente.) ¡Lalo, prepárate ahora!

Lalo Pinares. Ahora, ya no me importa. ¡Lo que yo quería era quedar bien, y he quedao!

Popo Liñán. ¡Eres un hacha!

(Por la derecha, aparece MERCEDES.)

Mercedes. ¿Señoritos? El señorito Gonzalo, con otro caballero que le acompaña.

Don Francisco. Que pasen al salón. Voy en seguida. (Mercedes se va por la derecha.) Con permiso de todos. (Don Francisco saluda y se marcha también por la derecha.)

Fifí. (A África.) Chica, hemos llegado a la hora de los panecillos.

Africa. (A Fifí.) Ya te lo dije yo.

Tita Filo. (A María Clara.) ¡Veremos lo que te trae tu novio!

Africa. ¡Sí, sí! ¡Habrá que verlo!

María Clara. ¡Qué sé yo!

Dorita. Pues, hija, es bien sencillo adivinarlo: jabón Heno de Pravia, o pasta Dens para los dientes. Si no se descuelga con algún artículo de perfumería, me defrauda el pollo. (Las chicas, Lalo y Tono, se ríen.)

María Clara. (A Dorita.) ¡Qué rabia le tienes!

Dorita. ¿Yo? No lo creas.

María Clara. ¡A la vista está!

Africa. Bueno, María Clara; nosotras nos retiramos.

María Clara. ¿Tan pronto?

Doña Cristina. ¿No queréis pasar al comedor y tomar alguna cosita?

Africa. No; muchas gracias.

Fifí. Es ya tarde.

Africa. Nos esperan en casa.

Fifí. (A María Clara.) ¿Irás al partido?

María Clara. Creo que sí.

Africa. ¿Y al Ritz esta noche?

María Clara. Desde luego, no.

Africa. ¿Tú irás, Dorita?

Dorita. ¿Quién lo duda? Al partido y al Ritz.

Africa. Pues pásate por casa, a recogernos, si no te sirve de molestia.

Dorita. Con mucho gusto.

Africa. (Besando a María Clara.) María Clara...

María Clara. ¡Adiós, África! ¡Adiós, Fifí! Y mil gracias por vuestro regalito, que ya sabéis que me ha gustado mucho.

Africa. No nos avergüences, mujer.

Fifí. (Despidiéndose de Quico.) ¿Quico?..

Quico Bermúdez. Nos vamos también. (Despidiéndose de María Clara.) ¡Adiós, María Clara! Repito la felicitación.

María Clara. ¡Hasta luego, Quico!

Popo Liñán. (Despidiéndose, primero de doña Cristina, y luego de los demás.) ¿Señora? .. ¿Doña Filo?...

Tita Filo. ¡Adiós, Popo!

Popo Liñán. ¿Dorita?... (A Lalo.) ¿Tú te quedas?

Lalo Pinares. Ya has oído a éste. ¿Qué voy a hacer? Quedarme.

Popo Liñán. ¡Hasta después, entonces!

Quico Bermúdez. ¡Adiós a todos!

Tono Vidal. Id con Dios.

(Se van por la derecha, África, Fifí, Quico y Popo. Cuando se han marchado, María Clara habla aparte con su hermano.

María Clara. Pero, oye, Tono, ¿por qué no se va Lalo con esos?

Tono Vidal. Porque lo he invitado yo a comer con nosotros.

María Clara. (Con ira.) ¿Qué?

Tono Vidal. En uso de mi perfecto derecho.

María Clara. Quieres amargarme el día, ¿verdad?

Tono Vidal. Quiero que sepas que no transijo con Gonzalo.

María Clara. Está bien. No sé de quién es mayor la desvergüenza: si la tuya invitándolo o la de él aceptando el convite

Tono Vinal. Echaremos pajas, si te parece.

María Clara. ¡Tono!

(Corta esta violenta escena la llegada de DON FRANCISCO, con GONZALO y DON CARLOS. Gonzalo es un mozo de veinticinco años, arrogante, simpático, de buena presencia, que sin ser elegante se esfuerza en parecerlo, y don Carlos, su padre, un señor de cincuenta y tantos otoños, bastote, sencillo, campechano, de gran corazón y alegría sana y comunicativa. Gonzalo trae en la mano un voluminoso paquete que, al entrar, deja sobre una silla.)

Don Francisco. Pase usted, don Carlos. ¡Pasa Gonzalito! ¡Cristina!... ¡María Clara, mira a quién tienes aquí!

María Clara. (Corriendo a estrechar las manos de su novio.) ¡Gonzalo!

Gonzalo. Perdona, si venimos un poco retrasados, pero ya sabes como es mi padre... ¡Hasta que no ha cerrado la perfumería!...

Don Carlos. ¡Yo tengo la culpa, yo!

María Clara. (Con un gesto de indulgencia.) ¡Nadie, don Carlos!

Don Carlos. (A Gonzalo.) ¿Lo estás oyendo? Tu novia es más razonable que tú. ¡Lo primero la obligación!

María Clara. ¡Naturalmente!

Don Carlos. ¡Ya lo oyes! (A María Clara.) Es que no tiene usté idea de la que me ha armao por si llegábamos tarde.

María Clara. Pero... ¿de usted, don Carlos?

Don Carlos. ¿Cómo?

María Clara. ¿Hablarme a mí de usted?

Don Carlos. Pues de tú, hija; lo que quieras.

María Clara. ¡Así! ¡Así!

Don Carlos. (Saludando a doña Cristina.) ¡Doña Cristina!

Doña Cristina. (Dándole la mano.) ¿Qué tal, amigo mío?

Don Carlos. Pa servirla a usté, señora. Y muchas gracias por esta *diferiencia* que han tenido ustedes de invitarme a comer hoy en su casa.

Doña Cristina. ¿Quiere usted callar? ¡Por Dios! Era un deber en nosotros.

Don Carlos. Sea lo que sea, yo lo estimo y lo agradezco tanto como el que hayan ustedes admitido a mi hijo por novio de María Clara. Pa mí es un honor que no sé cómo pagar.

Don Francisco. ¡Don Carlos!

Don Carlos. ¡Que no sé cómo pagar, don Francisco! Y no es que mi hijo no pueda aspirar a casarse con quien quiera, que dineros tiene pa enterrar en oro a la más alta; pero ustedes son ustedes y... ¡Vamos! Que la familia Vidal en Madrid tiene un nombre y un crédito y es mucha honra pa mi hijo y pa mí emparentar con esa familia. ¡De corazón lo digo, don Francisco; de corazón, doña Cristina!

Don Francisco. ¡Vaya, vaya, amigo Ruiz, no exageremos! Cada cual es quien es y no hay uno más que otro. ¡Todos somos unos! Venga usted acá, que voy a presentarle... Mi hermana Filo.

Don Carlos. Servidor de usté.

Tita Filo. Muy honrada en estrechar su mano.

Don Carlos. El honrao soy yo, señora.

Tita Filo. (Corrigiéndole.) Señorita.

Don Carlos. (Sorprendido.) ¿Señorita? ¿Por gusto?

Tita Filo. (Suspirando.) A la fuerza ahorcan.

Don Carlos. ¿Qué se le va a hacer? Paciencia.

Don Francisco. (Continuando las presentaciones.) Mi hijo Tono...

Don Carlos. Servidor.

Don Francisco. Mi sobrina Dorita, hija de mi hermano Hermenegildo...

Don Carlos. Servidor.

Don Francisco. Lalo Pinares...

Don Carlos. Servidor.

Don Francisco. Don Carlos Ruiz.

Don Carlos. Servidor. (Mirando si queda alguno a quien estrechar la mano.) ¿Hay más?

Dorita. (A Lalo.) ¡Bueno! Que Gonzalo le regalaba jabones estaba escrito. ¡Fíjate en el paquete!

Lalo Pinares. Y ¡qué jabones! Deben ser de «La Cibeles», cuando menos, porque fíjate tú también en el volumen del envoltorio.

Dorita. (Riéndose.) ¡Es un cursi, chico! Hay que desengañarse.

Lalo Pinares. ¿Cursi? Como que duerme con elástica. ¡No te digo más!

Dorita. ¡Calla, fresco!

Gonzalo. (Acercándose a saludar a Lalo y a Dorita.) Buenas tardes, Lalo.

Lalo Pinares. Buenas.

Gonzalo. Dorita, aunque usted no quiera...

Dorita. El que parece que no quiere es usted.

Doña Cristina. Nosotras, con su permiso, vamos allá dentro un instante a quitarnos siquiera los sombreros. Acabamos de llegar de la calle...

Gonzalo. ¡No faltaba más!

Don Carlos. (A Gonzalo, al ver que se marcha María Clara.) ¡Pero, oye tú, pasmao, que se va y no le das eso! (Se refiere al paquete.)

Gonzalo. ¡Ah, sí, es verdad! ¡María Clara! (Dándole el paquete a su novia.) Toma. Para ti.

María Clara. (Temerosa de que haya acertado Dorita y sean jabones efectivamente.) Esto ¿qué es, Gonzalo?

Gonzalo. ¡Mi regalo, mujer!

María Clara. ¿Tu regalo?

Gonzalo. ¡Aquel juego de café que vimos juntos en casa de Espuñes y te gustó tanto! ¿No te acuerdas?

María Clara. (Satisfecha y desafiando con la mirada a Dorita.) ¡Ah, ya! ¡Pero, chico, por Dios! ¡Eres terrible! ¿A qué te has metido en ese gasto? ¡Es una locura! Con unos jabones que me hubieses traído de la tienda, ya estabas cumplido.

Gonzalo. ¿Qué dices, María Clara?

Dorita. (A Lalo.) ¡Nos chafó!

Gonzalo. (A María Clara.) ¿Te burlas?

María Clara. (Estrechándole las manos.) ¡Pero no de ti!

Don Carlos. De plata chipén el jueguecito—¿eh?—, ná de Meneses, ni pamplinas; lo que se dice chipén. ¡Pa acuñar moneda en un caso de apuro! ¡Ná más!

Gonzalo. (Volado.) ¡Papá, por Dios!

Don Carlos. Eso, el novio; que el padre del novio

trae algo más práctico pa osequiar a su futura nuera. ¡Ahí va, mocita! (Le da a María Clara unos papeles.) Una cartilla del Ahorro Postal, encabezá como encabeza el *A B C* toas las suscriciones: con mil pesetas. ¡Ná más! ¡Cosas prácticas!

(Todos, incluso María Clara, se quedan estupefactos ante el inesperado regalo de don Carlos.)

Tono Vidal. (¡Arrea!)

Dorita. (Disimulando la risa.) (¡Mil pesetas!)

Lalo Pinares. (¡Qué bestia!)

Tita Filo (¡Pero este hombre es de tela de saco!...)

Don Carlos. (Dándose cuenta de la situación.) ¿Qué pasa? ¡Que yo me entere! ¿Es que he quedao mal? Porque, vamos, si he quedao mal, ya estoy recogiendo la cartilla y comprándole un par de bibelotes, que me salen más baratos. ¡Las cosas claras y el chocolate con canela!

Don Francisco. ¡No, don Carlos!

Doña Cristina. ¡Por Dios!

María Clara. Usted no puede quedar mal con nadie y menos conmigo; al contrario. Muy agradecida a su atención a la que, francamente, no le encuentro más defecto que el de parecerme excesiva.

Don Carlos. ¡Eso, bueno!

María Clara. (Dirigiéndose a Gonzalo y a don Carlos.) De todas formas, muchas gracias, a ti y a usted, don Carlos.

Doña Cristina. (Desde la puerta del foro.) ¡Anda, niña!

María Clara. ¡Hasta ahora!

Doña Cristina. ¿Vienes, Filo? ¿Vienes, Dorita?

Dorita. Sí, vamos.

Tita Filo. Con permiso.

(Se marchan por el foro, doña Cristina, María Clara, Dorita y Tita Filo, llevándose todos los regalos.)

Don Carlos. (Encarándose con Lalo.) ¡Cosas prácticas, señor!

Lalo Pinares. Muy en su punto. ¡Ya lo creo! Cuando usted quiera, me regala a mí otra.

Don Francisco. (Sentándose.) Siéntate, Gonzalo. Siéntese usted, don Carlos.

(Gonzalo y don Carlos se sientan cerca de don Francisco. Tono y Lalo hablan aparte, al fondo de la escena.)

Lalo Pinares. (A Tono.) ¡Es un rinoceronte!

Tono Vidal. ¡Calla, hombre, por Dios! ¡Y que mi

hermana le tenga que llamar padre a esa mula de varas!...

Don Carlos. (A don Francisco.) Yo siempre he tenido el *purito* de regalar cosas prácticas.

(Tono y Lalo hacen comentarios, en voz baja, de la equivocación de don Carlos. Lalo los observa.)

Gonzalo (Corrigiendo a su padre.) ¡Prurito, papá!

Don Carlos. ¡Pues eso!

Gonzalo. Es que has dicho *purito.*

Don Carlos. ¡Pues eso!

Gonzalo. Y se dice prurito.

Don Carlos. ¡Pues eso!

Don Francisco. ¿Qué más da, Gonzalo? ¡Déjalo que se explique como quiera!

Gonzalo. ¡No, señor; que parece que no sabe hablar y es una fatiga!

Don Carlos. ¿Fatiga de qué, hijo mío? Si no sé hablar, culpa será de mis padres, que no me dieron educación. Y no por eso me avergüenzo de ellos. ¡Menos debes tú avergonzarte de mí, que te la he dao!

Gonzalo. No me has entendido, papá.

Don Carlos. Don Francisco me conoce hace tiempo...

Gonzalo. Pero hay quien no te conoce, y me sabría mal que se burlaran de ti. (Y mira a Tono.)

Don Francisco. En mi casa, nadie, Gonzalo.

Gonzalo. Usted lo dice. (Pausa.)

Don Francisco. (Comprendiendo lo que ocurre.) ¿Tono?

Tono Vidal. ¿Papá?

Don Francisco. ¿Por qué no vas y le avisas a tío Felipe de que estamos aquí?

Tono Vidal. Como tú ordenes. (Vase por el foro.)

Don Carlos. (Esparciendo la mirada por la estancia.) La verdad, don Francisco, que vive usté como un príncipe. ¡Hermosa finca!

Don Francisco. Sí que lo es; en el barrio de Argüelles, casi todas. (Levantándose.) ¿Quiere usted ver el piso?

Don Carlos. No...

Don Francisco. Ande; venga usted conmigo. Pase usted por aquí. Nos entretendremos en eso mientras disponen la comida, si le parece.

Don Carlos. (Levantándose.) Usté manda.

Don Francisco. (Invitándole a entrar por la puerta de la izquierda.) Este es mi despacho.

Don Carlos. ¡Buena pieza!

Don Francisco. Amplia, con luz directa...

Don Carlos. Ya, ya. ¿Paga usté mucho?

Don Francisco. Nueve mil.

Don Carlos. ¡Amigo, ya puede ser!... Por ese precio...

Don Francisco. Pase usted; pase usted, don Carlos.

(Se van los dos por la puerta de la izquierda, quedando solos en escena Lalo y Gonzalo.)

Gonzalo. (Sacando la petaca y ofreciéndole a Lalo un cigarrillo.) ¿Un pitillo, Lalo?

Lalo Pinares. (Viendo el cigarrillo.) ¿De cincuenta? No. Muchas gracias. (Sacando un paquete de egipcios.) ¿Quiere usted uno mío?

Gonzalo. ¿Egipcios? No me gustan.

Lalo Pinares. (Despectivamente.) Parece imposible. No hay un muchacho que se estime en algo, que fume otra cosa.

Gonzalo. (Apresurándose a coger el pitillo de Lalo.) Deme a ver... (Lo mira con curiosidad.) ¿Qué marca?

Lalo Pinares. (Con aire de superioridad.) La mejor: «Abdulla». ¡Ahí lo dice! (Encienden los pitillos y fuman.)

Gonzalo. (Con acento de sinceridad.) Desearía acostumbrarme, no crea usted... Yo comprendo que, para agradar a este nuevo mundo que ahora me rodea, he de perder muchos de mis hábitos y costumbres; pero no consigo amoldarme del todo y choco, sin querer, con la gente... ¡Es una fatalidad!

Lalo Pinares. No se preocupe. Eso es al principio; pero, como decía el del chascarrillo del tren, ya se irá usted haciendo.

Gonzalo. Créame que lo deseo vivamente.

Lalo Pinares. Lo imagino. Aunque no sea más que por serle grato a María Clara...

Gonzalo. ¡Desde luego! Y eso que María Clara, afortunadamente para mí, es quizás la única persona que transige con mis cosas, que me quiere tal como soy: rudo, incorrecto, un poco salvaje en ocasiones...

Lalo Pinares. Sin embargo...

Gonzalo. Ya, ya. Estoy conforme.

Lalo Pinares. Usted comprenderá que a María Clara le ha de gustar más que su novio sea un muchacho distinguido y mundano; que sepa...

Gonzalo. Desde luego, desde luego... ¡Y ya lo procuro! Pero, principalmente, son los demás los que yo veo y noto perfectamente que me hacen el vacío, que me

critican, que se burlan de mis torpezas de hombre poco entrenado en la vida de sociedad y de buen tono.

Lalo Pinares. No lo dirá usted por mí.

Gonzalo. Cierto que no.

Lalo Pinares. Aunque otra cosa le hayan hecho creer, yo siento por usted, querido Gonzalo, una gran simpatía.

Gonzalo. Que yo le agradezco en el alma.

Lalo Pinares. Puede usted estar seguro de que María Clara no ha sido nunca mi aspiración de hombre. La buena amistad que con su hermano Tono me une desde niño, me ha obligao a un trato de cordialidad con la muchacha que la gente ha interpretao, equivocadamente, por pretensión amorosa. Pero, se lo juro, nada tan lejos de mi pensamiento. Aparte de que yo sustento la teoría de que el matrimonio es una verdadera estupidez.

Gonzalo. ¡Lalo!

Lalo Pinares. ¡Una estupidez completa, Gonzalito! ¿Qué necesidad tiene un hombre, como usted o como yo, de casarse, de perder su libertad y su independencia? Ninguna. Nada más agradable y divertido que tratar a las mujeres con quienes convivimos a diario como amigos, como camaradas, sin ese temor de caer, idiotamente, en la rutina del casamiento. El vulgo, que nos llama despectivamente pollos *bien* y nos censura el que bailemos con las muchachas como bailamos, sin alterársenos un nervio, es que no sabe que, para nosotros, las mujeres de nuestra clase no son más que eso: amigos, camaradas... ¡En la Cuesta, con una chica de Maxim's, ya la cosa varía!

Gonzalo. ¿Así que usted cree?...

Lalo Pinares. No creo, Gonzalo; practico mi teoría. Un *flirt* es de buen tono, pero un noviazgo es cursi.

Gonzalo. ¡Caray! Lanzada así la especie...

Lalo Pinares. ¡Es cursi! No le dé usted vueltas. Haga usted memoria y dígame cuántas muchachas *bien* recuerda usted que tengan novio, novio formal, para casarse, como usted con María Clara. (Se detiene un momento para dejar pensar a Gonzalo y luego continúa.) En absoluto ninguna. Todo lo más, un sencillo *flirt*. Paloma Tovar tontea con Pipo Arozamendi. Antoñita Perales le hace cucamonas a Juanito Villar. Pacita Bolaños ha tomado de señorita de compañía, para que salga con

ella por las tardes y le costee el cine y la merienda en Molinero, al hijo del Conde de las Moreras... Y así una legión; treinta o cuarenta, por lo menos. Noviazgo formal, formal, lo que se dice formal, con vistas a la Vicaría, no hay más que el de usted con María Clara.

Gonzalo. Con lo cual me quiere usted decir que estoy en ridículo.

Lalo Pinares. Por lo menos que es usted la excepción de la regla.

Gonzalo. Pues no lo siento.

Lalo Pinares. Eso es aparte. ¡Allá cada cual con su criterio!

(Por la izquierda sale FELIPE LUIS.)

Felipe Luis. Con permiso, señores. ¡Hola, Gonzalo! (Y se dirige derechamente hacia la mesita donde se dejó la caja de bombones.)

Gonzalo. Buenas tardes, don Felipe Luis.

Felipe Luis. (Extrañado, al no encontrar la caja sobre la mesita.) ¡Pero esto es maravilloso! Oye, Lalo, hijo mío, ¿tú has visto, por casualidad, una caja de bombones que me he dejado yo aquí?

Lalo Pinares. (Con aire de ingenuidad.) ¿Una caja de bombones? No, señor.

Felipe Luis. ¡Es maravilloso! Y lo raro es que la que tú le has regalado a mi sobrina es idéntica a la que yo le traía.

Lalo Pinares. ¿La ha comprado usted en la Mahonesa?

Felipe Luis. ¡En la Mahonesa!

Lalo Pinares. (Con aplomo.) ¡Yo también!

Felipe Luis. ¡Por eso! ¡Es maravilloso, maravilloso! ¡Pues, señor, bien! ¿Dónde habré yo puesto la caja de bombones? ¡No me lo explico, no me lo explico! (Vase por el foro, llevándose las manos a la cabeza.)

Gonzalo. (A Lalo, antes de tirar el cigarrillo que fuma.) ¿Me dijo usted que se llamaban estos cigarrillos?...

Lalo Pinares. «Abdullas».

Gonzalo. Procuraré acordarme.

Lalo Pinares. (Echándole el brazo por encima a Gonzalo.) Y... aunque sea indiscreta la pregunta, Gonzalo. ¿Hace mucho que no ve usted a Charito la Hebrea?

Gonzalo. (Con gesto de profunda sorpresa.) ¿Qué?

Lalo Pinares. (Riéndose, cínicamente.) No se alarme usted, querido Gonzalito. ¡Estoy al cabo de la calle!

Gonzalo. (Con acritud.) ¿Qué quieren decir esas palabras?

Lalo Pinares. (Cortado.) Nada, si usted se ofende. Perdone.

Gonzalo. ¿Quién ha podido contarle a usted?...

Lalo Pinares. Nadie, Gonzalo. Repito que perdone usted mi indiscreción.

Gonzalo. Al contrario, Lalo; le exijo que se explique. Conozco a la Hebrea; pero entre esa mujer y yo, apenas si se han cruzado más palabras que las indispensables... Es cliente de casa... y alguna vez, incidentalmente...

Lalo Pinares. Pero, ¿a usted le gusta?

Gonzalo. Mucho, muchísimo.

Lalo Pinares. Y ¿no se le alcanza que eso para una mujer como la Hebrea no podía pasar inadvertido?

Gonzalo. ¿Acaso ella le ha informado?

Lalo Pinares. Ella misma. Somos buenos amigos y no tiene secretos para mí.

Gonzalo. De todas formas, no comprendo, Lalo, lo que me quiere usted dar a entender con sus palabras.

Lalo Pinares. Pues... que está usted perdiendo un tiempo precioso, Gonzalito. ¡Me consta!

Gonzalo (Con vivo interés.) ¿Qué? ¿De veras? ¿No me engaña? ¡Dígame usted, Lalo, dígame! Le advierto a usted que es una mujer esa que me trae sin sueño hace una temporada.

Lalo Pinares. (Dejándose caer.) ¿Y María Clara?

Gonzalo. (Con dignidad.) ¡Bah! No comparemos. ¿Qué tiene que ver?... Esto es sólo un capricho, el ansia de satisfacer un deseo.

Lalo Pinares. Comprendido. ¡Pues sí, Gonzalo! Charito la Hebrea, la mujer más codiciada de Madrid, está absolutamente al alcance de su mano.

Gonzalo. No sé cómo.

Lalo Pinares. Muy sencillo.

Gonzalo. Hablar con ella en la tienda lo he juzgado siempre peligroso; a pedirle una cita no me he atrevido nunca. Además, creo que el Conde de San Judas es el que corre con sus gastos y, la verdad, Lalo, yo soy muy tímido para estos asuntos, y en cuanto vislumbro la más ligera sombra de complicación en una mujer,

por mucho que me guste, ya me tiene usted acobardado y metido en un rincón como si fuera un colegial. ¡No sirvo para tenorio, no sirvo!

Lalo Pinares. Sin embargo, con el fin de vencer esa timidez, se me ocurre una idea.

Gonzalo. ¡A saber!

Lalo Pinares. Casualmente, en el momento actual, el Conde se halla ausente de Madrid, ocupado por tierras cordobesas en la construcción de un funicular para subir a las ermitas... ¡Una de las muchas chifladuras del Conde! Charito se encuentra sola y esta noche puede usted, si quiere, entrevistarse con ella en el Ritz.

Gonzalo. ¿En el Ritz?

Lalo Pinares. Sé que irá a la verbena y ningún sitio mejor que el jardín del hotel para que, sin infundir sospechas, hablen ustedes.

Gonzalo. ¿Podría ser eso así?

Lalo Pinares. ¿Por qué no? Yo mismo, en mi deseo de servirle, me presto a llevarle a usted hasta su mesa.

Gonzalo. ¿De veras, Lalo?

Lalo Pinares. No tengo más que una palabra.

Gonzalo. ¿Cómo pagarle este favor?

Lalo Pinares. No se preocupe de momento. Ya se presentarán las ocasiones.

Gonzalo. (Estrechando la mano de Lalo.) ¡Gracias, Lalo, muchas gracias!... (Reaccionando.) Pero, ¿esta noche? Ahora que caigo... ¡Esta noche no puede ser! Es el cumpleaños de María Clara y ¿cómo justificarle mi falta?

Lalo Pinares. ¡Bah! ¡Así que no hay pretextos! Y más en hombre como usted, tan ocupado siempre, tan atareado... ¡Se ahoga usted en poca agua, Gonzalito! Un trabajo urgente, una avería en la fábrica, una reunión con otros ingenieros... ¡Ochenta excusas!

Gonzalo. (Preocupado.) No sé, Lalo, no sé. Si acaso María Clara llegara algún día a saber la verdad...

Lalo Pinares. Le querría a usted más que ahora.

Gonzalo. ¿Cómo?

Lalo Pinares. ¡Conoce usted muy poco a las mujeres, por lo visto! (Haciendo como que desiste.) ¡Pero, en fin, no quiero seducirle! Usted resuelva la cuestión como mejor lo crea. (Insinuante.) Cierto que la ocasión es tentadora y difícilmente se encontrará otra tan propicia... (Volviéndole la espalda.) ¡Pero, allá usted, allá usted! Yo me lavo las manos

Gonzalo. (Después de pensarlo un poco.) ¡Iré, Lalo, iré!

Lalo Pinares. Quede bien sentado que es por su gusto.

Gonzalo. ¡Por mi gusto!

Lalo Pinares. No tengamos luego historias...

Gonzalo. (Con firmeza.) ¡Iré!

Lalo Pinares. ¿Nos veremos antes?

Gonzalo Como usted quiera.

Lalo Pinares. Por más que citándonos en el propio Ritz...

Gonzalo. ¡Pues en el Ritz!

Lalo Pinares. ¿A las diez allí?

Gonzalo. ¡A las diez!

Lalo Pinares. ¡Hecho!

Gonzalo. Y de esto, Lalo...

Lalo Pinares. (Dandole la mano.) ¡Ni hablar! ¡Soy un amigo!

(Por la izquierda asoma la cabeza DON FRANCISCO.)

Don Francisco. ¡Gonzalito!

Gonzalo. ¡Don Francisco!

Don Francisco. ¿Quieres hacer el favor un momento? Con tu permiso, Lalo.

Lalo Pinares. Usted lo tiene. (Se van por la izquierda don Francisco y Gonzalo. Cuando han desaparecido, Lalo, refiriéndose a Gonzalo, dice:) ¡Es un pipiolo!

(Pausa. Por el foro entra MARIA CLARA.)

María Clara. ¡Ah! ¿No está Gonzalo?

Lalo Pinares. Acaba de llamarlo tu padre.

María Clara. Pensé que estaría aquí. (Va a marcharse.)

Lalo Pinares. Aguarda, mujer; no tardará. ¿Tan enojosa te es ya mi presencia que ni un minuto quieres estar conmigo?

María Clara. ¡Tuya es la culpa de que me lo sea!

Lalo Pinares. ¿Mía?

María Clara. Tuya, Eduardo, porque sólo pretendes mortificarme. Si Tono ha cometido la imprudencia de invitarte a comer, tú has debido tener la dignidad de no aceptar.

Lalo Pinares. ¿Y crees que he aceptado?

María Clara. (Con júbilo.) ¡Ah! ¿No?

Lalo Pinares. No.

María Clara. Tono me había dicho...

Lalo Pinares. Para Tono sí me quedo; pero no hay caso. Ya sabes cómo se pone. Y como odia a tu novio más que yo, o tanto por lo menos, no perdona ocasión de hacerle sufrir con lo que sea.

María Clara. El procedimiento es el único para tenerme a mí más enamorada cada día.

Lalo Pinares. Bien poco lo merece.

María Clara. ¿Quién? ¿Gonzalo? Eso no es de tu cuenta.

Lalo Pinares. Si yo no era digno de ti, él tampoco. Y, al menos, yo no tenía otro amor que el tuyo, que él, en cambio, lo comparte.

María Clara. (En ascuas.) ¿Qué dices, Lalo?

Lalo Pinares. La verdad; que no eres tú sola la que mandas en su vida.

María Clara. ¡Calla, envidioso, mala sangre!

Lalo Pinares. ¿Lo dudas?

María Clara. ¡Vete de aquí! ¿Para eso querías que me quedara?

Lalo Pinares. Puedo darte una prueba.

María Clara. ¡Calla!

Lalo Pinares. Tú confías en que vendrá esta noche a verte, como todas. ¿No es cierto? ¡Pues no vendrá!

María Clara. ¡Calla!

Lalo Pinares. Y no vendrá porque la otra lo espera.

María Clara. ¡Mentira! Lo dices por enfadarme, porque riña con él; pero no lo consigues.

Lalo Pinares. ¡Al tiempo!

María Clara. ¡Márchate, Lalo! ¡Y no vuelvas a dirigirme la palabra!

Lalo Pinares. ¡María Clara!

María Clara. ¡Vete, mal corazón! ¡Vete!

(Lalo, viendo venir a GONZALO por la izquierda, se adelanta hacia él, tendiéndole la mano.)

Lalo Pinares. ¡Querido Gonzalo!...

Gonzalo. ¿Se va usted?

Lalo Pinares. Sí. ¡Ya nos veremos! Despídame usted de su padre. ¡Adiós, María Clara! ¡Adiós, Gonzalo! ¡Buenas tardes! (Vase por la derecha. Gonzalo se acerca a María Clara, la cual procura disimular su pasado arrebato.)

María Clara. ¿De dónde vienes?

Gonzalo. Del despacho, que me llamó tu padre para que le aclarara una duda. ¿Y tú?

María Clara. De allá dentro.

Gonzalo. ¿Estás contenta? Debes estarlo. Todos han sido a agasajarte...

María Clara. Todos, no. Alguno ha pretendido nublarme el día. .

Gonzalo. ¿Quién?

María Clara. No tiene importancia; ya pasó. ¡Estoy contenta, Gonzalo!

Gonzalo. Yo, en cambio, volado con mi padre.

María Clara. ¿Por qué?

Gonzalo. El pobre está ya viejo y hace y dice muchas tonterías. Tenéis que disculparle. Poco acostumbrado a estas cosas... ¡Por supuesto, como yo! Chica, el gran mundo en que vives me va a sacar el sol de la cabeza.

María Clara. ¡Qué tonto eres, Gonzalo! ¿Y a qué te preocupas de esas bobadas? ¡No parece sino que yo me he enamorado de ti por pollo *bien*, cuando ha sido, precisamente, por todo lo contrario!... ¡No, chiquillo! Tú muéstrate tal cual eres, y no te metas en más. ¡Estaría bueno!... Y deja a tu padre que se comporte a su manera. Lo natural es siempre distinguido, y toda afectación es cursi.

Gonzalo. ¡Chica, hablas como un libro!

María Clara. No te sorprenda; es que acabo de ver el *A B C*, y leyendo a Gil de Escalante se adquiere una soltura de expresión... (Se ríe.) ¿Tienes plan para hoy?

Gonzalo. El que tú me des. Hoy te pertenezco.

María Clara. ¿Hoy nada más?

Gonzalo. Hoy y siempre; pero más hoy, por ser tu cumpleaños.

María Clara. ¡De acuerdo! Pues, vamos a ver si te conviene lo pensado.

Gonzalo. ¡Vamos a ver!

María Clara. Esta tarde iremos al partido.

Gonzalo. Me parece muy bien.

María Clara. Juega Tono...

Gonzalo. ¡Que sí, mujer, que sí!

María Clara. Después merendaremos en «Viena», como siempre.

Gonzalo. Conforme.

María Clara. Y luego, a la noche, pasaremos la velada en casa del tío Hermenegildo.

Gonzalo. Ahí ya no sé que decirte.

María Clara. ¿Por qué?

Gonzalo. Porque esta noche tengo yo una reunión con otros compañeros...

María Clara. ¿Qué?... Pues no vas.

Gonzalo. ¡María Clara!

María Clara. ¡Nada, nada; no vas! Les pones un pretexto y no vas. Tú esta noche no me faltas. Es mi cumpleaños y comprenderás que no me debes dar ese disgusto.

Gonzalo. Yo te prometo, María Clara, que si puedo arreglarlo...

María Clara. ¡Ya está arreglado! ¡Qué empeño en disgustarme! Tú vienes esta noche conmigo a casa del tío Hermenegildo.

Gonzalo. Conforme. Ese es mi gusto y eso haré, pero...

María Clara. ¡No admito peros!

Gonzalo. Como quieras. ¡Es incomprensible tu actitud!

María Clara. No lo es, Gonzalo, no lo es.

Gonzalo. Por una noche que falte .. ¿Te he faltado alguna?

María Clara. No, pero esta noche vienes también. Tengo el presentimiento de que si me faltas esta noche me va a pasar alguna cosa mala.

Gonzalo. ¡Qué chiquilla!

María Clara. Deja de venir mañana, pasado, el otro; pero esta noche, ven, Gonzalo, ven. Yo te lo ruego..

(Por el foro aparece MERCEDES.)

Mercedes. Los señoritos pueden pasar cuando gusten al comedor.

Gonzalo. ¡Ya mismo! (Mercedes se marcha por el foro derecha.) ¿Vamos, María Clara?

María Clara. Vamos. (Se encaminan los dos hacia el foro.) ¿Me juras, Gonzalo, que vendrás esta noche?

Gonzalo. Sí, mujer; ya te he dicho que haré todo lo posible, que veré la forma de disculparme con los compañeros...

María Clara. No, eso, no; júrame que vendrás. ¡Júramelo, Gonzalo!

Gonzalo. ¡Pero, qué manía!...

(Desaparecen por el foro hacia la izquierda. Por la derecha salen MERCEDES y detrás FELIPE LUIS, con sombrero, guantes, bastón y otra caja de bombones en la mano.)

Mercedes. (Cruzando la escena, de la derecha al foro.) ¡Ande usté, señorito, que ya están todos sentados a la mesa y no falta más que usté! ¡Que le están esperando!

Felipe Luis. ¡Sí, hija, sí! Pero como quiera que he tenido que volver a la Mahonesa por otra caja de bombones... ¡Lo que me pasa a mí, no le pasa a nadie! Dicen que no me muevo y el regalito de mi sobrina me ha costado dos viajes a la calle de Peligros y setenta pesetas. ¡Me he lucido!

(Desaparecen los dos por el foro, primero Mercedes y luego Felipe Luis; y las anteriores frases las dirán sin detenerse en escena, no importando que algunas se digan dentro. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Uno de los cenadores del jardín del Hotel Ritz, en noche de verbena. De los árboles penden bombillas de colores. En el espacio que ocupa el cenador, tres mesitas cubiertas por manteles, y sobre cada una de ellas, una lamparita portátil de luz eléctrica encendida. Entradas y salidas por todos los términos. El piso del jardín es de cemento. Mucha luz en la escena.

—

(Al levantarse el telón aparecen sentados a la mesita del primer término derecha, LALO PINARES, POPO LIÑÁN y QUICO BERMÚDEZ, tomando café y unas copas de coñac y discutiendo acaloradamente, sobre las incidencias del partido de foot-ball celebrado por la tarde. Los tres visten correctamente de smoking. De cuando en cuando, se oirán dentro unas cuantas piezas de música, bailables, interpretadas por un sexteto.)

Lalo Pinares. (A Popo.) ¡Que no, hombre, que no; que es que tú no le das a un botijo!

Popo Liñán. ¡Lalo!

Lalo Pinares. ¡Ni que os hubiérais puesto todos de acuerdo para chafarme, lo hacéis peor que lo habéis hecho!

Popo Liñán. ¿Nosotros?

Lalo Pinares. ¡Naturalmente! Pero, ¿cuándo has visto tú jugar de la manera que yo he jugao esta tarde? Y luego ¿para qué? Para quedar en ridículo. ¡Si cada vez

que pienso en la faena!... Saca *andova* (Por Quico), paro de cabeza y, a bote pronto, cambio, dando juego al ala izquierda, que estaba desmarcada. Te acordarás que este principio de jugadita me valió una ovación. El extremo, que es tan idiota como tú...

Popo Liñán. ¡Oye, Lalo!

Lalo Pinares (Exaltándose.) Tan idiota como tú y no retiro una sílaba, en vez de correr la línea y centrar, como es su obligación, se interna para darse el postín de marcar él, y, lógicamente, como no sabe *driblar*, le quitaron el balón en un abrir y cerrar de ojos. Entro yo, entonces, como un jabato y me lo llevo otra vez; me paso a los medios, a los defensas y, cuando lanzo un *chut* formidable, que ni la estupenda estirada del portero andaluz consigue parar, me pitan *off-side* y me anulan el tanto.

Popo Liñán. ¡Desgracia!

Lalo Pinares. ¿Desgracia? ¡Ya lo creo! La de jugar con vosotros.. Tú te descolocas, el otro le arrea un leñazo al defensa derecha, sin tener el balón, y hace *faut*... Y gracias a que en ese momento no estábamos dentro del área, que si no tiene que pitarnos el árbitro un *penalty* y la derrota hubiese sido mayor.

Quico Bermúdez. Lo triste es haber perdido un partido que era nuestro.

Popo Liñán. ¡Y tan nuestro!

Lalo Pinares. ¡Lo triste es que nos hayan pàsao los sevillanos!

Quico Bermúdez. ¡Hombre, Lalo, que ese chiste sí que es de *penalty!*

Lalo Pinares ¡Estoy negro, Quico!

Popo Liñán. ¡Con lo bien que empezó la cosa!...

Lalo Pinares. ¡Calcula!

Quico Bermúdez. Nosotros, dos, y ellos a cero.

Popo Liñán. Pero después reaccionaron y hay que convenir en que han jugao estupendamente.

Lalo Pinares. Y ¿qué? Si tú no te armas el barullo que te armaste y Tono está en forma, ¿de dónde nos quitan la ventaja que les llevábamos? ¡Desengáñate, Popo! El partido de hoy no se ha debido perder. Y menos mal que Federico ha sido la verdadera muralla.

Quico Bermúdez. Yo lo siento por África que estaba allí.

Lalo Pinares Y yo por María Clara. ¡Poco que se habrán alegrao ella y el perfumista!

Quico Bermúdez. ¡Hombre, no! Jugaba Tono también...

Lalo Pinares. ¡A pesar de eso!

Popo Liñán. Pero, oye, Lalo, vamos a ver; con formalidad. ¿Tú es que estás seriamente colao con María Clara?

Lalo Pinares ¡Anda éste, qué pregunta! ¿Ahora te enteras?

Popo Liñán. La verdad, chico; siempre he creído que ibas sólo al olor de la pasta.

Lalo Pinares. ¡Pues te equivocas, Popo! Quiero a María Clara como nadie haya podido querer jamás a una mujer.

Popo Liñán. No sabía...

Lalo Pinares. Y antes de que otro me la quite estoy dispuesto a apelar a todo, por bajo y absurdo que te parezca.

Popo Liñán. ¡Caray, chico! No te hacía capaz de una pasión semejante.

Lalo Pinares. ¡Ahí tienes tú lo que son las cosas! Yo, tan materialista, tan despreocupao, tan viva la Virgen como me juzgáis, también llevo dentro mi drama. Y ¡qué drama!

Quico Bermúdez. ¡Lalo, por Dios, que estamos en el Ritz y en la verbena de San Juan! No nos amargues la noche.

Lalo Pinares. ¡Descuida, Quico!

Popo Liñán. Ahora que me parece que el drama se te queda inédito.

Lalo Pinares. ¿Cómo?

Popo Liñán. ¡A ver! Las relaciones de María Clara con Gonzalo van por muy buen camino y el casamiento es ya cosa resuelta.

Lalo Pinares. ¡No se sabe nada, Popo!

Popo Liñán. ¿Qué dices?

Lalo Pinares. ¡Yo soy un hombre de recursos!

Popo Liñán. ¡Ah! ¿Sí? ¡Caramba, qué ocasión! No sé si recordarte que me debes quinientas pesetas.

Lalo Pinares. ¡Popo, que no estoy para chuflas!

Popo Liñán. ¡Mira éste, ni yo! Te lo digo en serio.

Quico Bermúdez. Pero, ¿qué intentas, Lalo? Con franqueza. Aquí estamos entre amigos.

Lalo Pinares. ¡Lo que sea, Quico, lo que sea! Desengañarla a ella, sembrar la duda en él... ¡Lo que sea! Ya os he dicho que estoy dispuesto a apelar a todo. Yo, sin María Clara, no puedo vivir; os lo juro. (Esto lo dice con absoluta sinceridad.)

Quico Bermúdez. ¡Chico, por Dios!

Popo Liñán. Estás hecho un Yago; de vía estrecha, pero un Yago. (Se ríe.)

Lalo Pinares. No os burléis de mí; compadecedme más bien.

(Por el foro izquierda aparece el MARQUÉS DE SOMOVILLA, un ilustre prócer arruinado, prematuramente envejecido por el abuso del alcohol. Siempre está borracho, pero siempre se muestra correcto y afable con todo el mundo. Viste de etiqueta y usa monóculo.)

Quico Bermúdez. (Viendo aparecer al Marqués.) ¡Azúcar! ¡Somovilla! Nos cayó la helada. (A un movimiento de huida de Lalo y Popo.) ¡Quietos, que nos ha visto!

El Marqués de Somovilla. (Acercándase a la mesa de nuestros amigos.) ¡Caballeros!...

(Todos se ponen de pie para saludarlo.)

Popo Liñán. ¡Querido Marqués!

Quico Bermúdez. ¿Qué tal, Marqués?

Lalo Pinares. Amigo Somovilla, ¿cómo dice que le va?

El Marqués de Somovilla. Siéntense, señores, siéntense; háganme el favor.

Popo Liñan. ¿No nos quiere usted acompañar un ratito?

El Marqués de Somovilla. ¿Por qué no? Con mucho gusto.

(Lalo y Quico asesinan con las miradas a Popo. Se sientan.)

Lalo Pinares. ¿Qué va usted a tomar?

El Marqués de Somovilla. Un wisky.

(Ahora es Quico el que quisiera matar a Lalo con los ojos.)

Lalo Pinares. (Volviendo la cabeza hacia la izquierda.) ¡Camarero! (Por la izquierda aparece UN CAMARERO, de calzón corto.) ¡Un wisky para el Marqués!

Un Camarero. ¡Al momento, señor! (Saluda y vase por la izquierda.)

Lalo Pinares. Wisky que hace el número... ¿Qué número, Marqués?

El Marqués de Somovilla. No sé, amigo Lalo. Hoy he bebido poco. Me acabo de levantar.

Popo Liñán. ¿Ahora?

El Marqués de Somovilla. Siguiendo mi costumbre de convertir el día en noche y la noche en día, al apuntar el sol me retiro a descansar y duermo hasta que anochece.

Popo Liñán. ¡Es curioso!

El Marqués de Somovilla. De esta manera evito la ocasión de encontrármela.

Popo Liñán. ¿A quién, Marqués?

(A espaldas del Marqués, Lalo y Quico le hacen señas a Popo de que se calle y no le pregunte nada.)

El Marqués de Somovilla. ¿A quién ha de ser? ¡A ella! ¿No la conoce usted? ¿No le han dicho?...

Quico Bermúdez. (¡Arrea! Ahora nos coloca la consabida historia de su mujer. ¡Estamos aviaos!)

El Marqués de Somovilla. (A Popo, con la mirada torva y el gesto trágico.) Si la viese, tendría que matarla, y no quiero—¿sabe usted?—¡no quiero! Mis manos, que acariciaron suavemente su piel, no pueden ser dogales de su cuello. Por eso me amparo en la sombra, y para olvidar, bebo sin descanso.

«Yo voy por un camino; ella por otro...»

Quico Bermúdez. (A Lalo, en voz baja.) Querrá decir con otro. ¡Este Marqués altera lamentablemente las preposiciones!

Lalo Pinares. ¡Calla!

(Por la izquierda sale UN CAMARERO, con lo pedido.)

Un camarero. El wisky, señor.

El Marqués de Somovilla. ¡Bien venido sea el amigo leal!

(El Camarero sirve el wisky y después se marcha por la izquierda.)

Quico Bermúdez. (Suspirando angustiado.) (¡Bueno, más dramas, no; eso sí que no! Yo cambio la conversación ahora mismo.) Y ¿qué cuenta usted, Marqués? ¿Viene usted del salón? ¿Hay mucha gente?

El Marqués de Somovilla. Poca. Está muy desanimada la verbena.

Lalo Pinares. Todavía es temprano.

Popo Liñán. En cambio en el Prado no se puede dar un paso. ¡Lo popular venciendo a lo aristocrático!

Quico Bermúdez Y chicas guapas, ¿hay, Marqués?

El Marqués de Somovilla. ¿Decentes o de las otras?

Quico Bermúdez. ¿Qué más da? Siendo guapas .

El Marqués de Somovilla. Ignoraba que tuviese usted la manga tan ancha, amigo Quico.

Quico Bermúdez. ¡Hombre, para verlas no creo que haga falta un reconocimiento!.. ¿Qué te parece, Lalo? ¿Nos damos una vuelta por el salón?

Lalo Pinares. Debe hacer un calor horrible. Y aquí se está tan bien... Luego iremos. ¿Qué prisa te corre?

Quico Bermúdez. ¡Eso te creerás tú! A lo mejor, ha venido ya Africa ..

Lalo Pinares. ¡Chico, qué fuerte te ha entrado! La has conocido esta mañana...

Quico Bermúdez. Y ¿qué quieres? ¡Yo soy así! Me da el corazón que mi porvenir, como el de España, está en Africa. ¡Hasta luego, señores! (Y se encamina hacia el foro.)

Lalo Pinares. ¡Pero ven acá!...

El Marqués de Somovilla. ¡Déjele usted! Se va a aburrir como una ostra. En todo el salón no hay más persona conocida que Charito la Hebrea.

Lalo Pinares. (Poniéndose rápidamente de pie.) ¡Ah! Pero, ¿está Charito en el salón? ¡Aguarda, Quico, que me voy contigo! Con su permiso, Marqués. ¡Hasta ahora, Popo! (Y se dirige hacia el foro.)

Popo Liñán. (Aterrado ante la idea de quedarse solo con el Marqués.) ¡Oye, tú, Lalo!

Lalo Pinares. (Sin hacerle caso.) ¡Hasta ahora! (Coge del brazo a Quico y se marchan los dos por el foro izquierda, haciendo comentarios y riéndose de la situación en que dejan a Popo.)

Popo Liñán. (Tascando el freno.) (¡Eso es! Y aquí me quedo yo, enganchao por la faja, como siempre que hay que aguantar a algún pelmazo. ¡Tiene poca gracia!)

El Marqués de Somovilla. No crea usted que lamento la marcha de los amigos...

Popo Liñán. (¡Yo, sí!)

El Marqués de Somovilla. Al contrario, celebro que nos hayan dejado solos, querido Popo.

Popo Liñán (¡Yo, no!)

El Marqués de Somovilla. Precisamente deseaba yo hablar con usted de un modo reservado...

Popo Liñán. (¡Malo! ¡Sablazo tenemos! ¡Pues era lo que me faltaba!)

El Marqués de Somovilla. Usted es un hombre comprensivo...

Popo Liñán. (¡Malo, malo!)

El Marqués de Somovilla. Y fácilmente, con pocas palabras, se hará cargo de mi situación, un poco precaria en el momento presente..

Popo Liñán. ¡Basta de preámbulos! (Echándose mano a la cartera.) ¿Cuánto, Marqués?

El Marqués de Somovilla. Doscientas pesetas.

Popo Liñán. (Luego pide unas cantidades que ¿quién le dice que no las tiene?) (Sacando dos billetes de veinte duros.) ¡Ahí van!

El Marqués de Somovilla. (Sin tomar el dinero.) Esto no es un sablazo, amigo Popo.

Popo Liñán. Ya, ya. Son doscientas pesetas.

El Marqués de Somovilla. En cuanto cobre mis rentas, se las devolveré a usted. El Marqués de Somovilla no da sablazos; pide ayuda a sus amigos solamente cuando lo necesita...

Popo Liñán. Ya, ya. (Dándole los billetes.) ¡Doscientas pesetas!

El Marqués de Somovilla. (Guardándose el dinero.) Gracias, Popo. He de pagar algunas pequeñas facturas... Unas flores que he mandado esta mañana a la chica de Vidal... Precisaba el dinero.. ¡Gracias, Popo! Deber a un amigo honra la amistad; deber a un cualquiera denigra.

Popo Liñán. Ya, ya. ¡Honradísimo, Marqués!

(Popo apura de un trago su copa de coñac. Por el foro derecha aparecen MARIA CLARA, TITA FILO, DORITA, AFRICA, FIFI y FELIPE LUIS, ellas con trajes de «soirée» y chales de Manila y él de smoking o frac. Todos llegan alegres y contentos, menos María Clara, que da visibles muestras de disgusto contrariedad.)

Dorita. ¡Chicas, qué aburrido está esto!

Africa. ¡Huy, qué espanto!

Tita Filo. ¡Qué soledad!

Fifí. Un plan ostra, de lo más ostra... ¡Por Dios!

Felipe Luis. Eso es ahora. Luego se animará.

Fifí. ¡Quite usted, don Felipe!

Felipe Luis. (Echándose atrás como para dejar paso.) ¿Estorbo?

Tita Filo. (Riéndose exageradamente de la tontería que ha dicho Felipe Luis y cogiéndose de su brazo para no caerse de risa.) ¡Qué gracioso eres! ¡Estás sembrado, hijo!

Felipe Luis. Estaré sembrado, pero tú no sacas fruto de mí. Te lo advierto para que me dejes tranquilo, Filomena. (Y con toda corrección le hace retirar el brazo.)

Tita Filo. (Chafada.) ¡Jesús, qué puerco espín! Ni por casualidad sabes agradecer una fineza.

(El Marqués y Popo se acercan a saludar a los recién llegados.)

Popo Liñán. ¡Amigas mías!...

Felipe Luis. Si está aquí Popo. ¡Y el Marqués! (Saludos, apretones de manos, etc.)

El Marqués de Somovilla. ¡María Clara!...

María Clara. Buenas noches, Marqués. Y muchas gracias por su recuerdo. ¡Muy linda cesta! Usted siempre tan fino...

El Marqués de Somovilla. Un deber en mí, María Clara...

Popo Liñán. Y ¿cómo es eso, María Clara? ¿Usted en el Ritz? ¿No nos dijo que no vendría?

Dorita. Y no quería venir, pero el novio ha tenido que hacer esta noche y, antes que dejarla aburrida en casa, la hemos obligado a que nos acompañe.

María Clara. Contra mi gusto.

Dorita. Por eso digo que te hemos obligado.

Popo Liñán. (En son de burla de buen género.) ¡Ah! Pero ¿el novio ya empieza a sacar los pies del plato?

Dorita. (En voz baja, a Popo.) ¡Por Dios! ¡No le gaste usted bromas sobre ese asunto, que se pone furiosa.

Africa. (Acercándose a Popo.) ¿Y Quico?

Popo Liñán. Aquí estaba y se marchó al salón a ver si había usted llegao

Africa. Es muy galante ese muchacho. Y se hace simpático al momento.

Fifí. ¡Qué rabia que hayan ustedes perdido el partido! (Popo hace un gesto de resignación.)

Africa. ¡Ay, sí! No me hable usted de eso. Yo tengo un coraje, que ni he comido siquiera. ¡Que lo diga mi hermana!

Fifí. ¡Mucha verdad!

Popo Liñán. Pues imagínese usted nosotros...

Africa. Pero, ¿qué les ha pasado a ustedes? Por su-

puesto, la desilusión ha sido tremenda. Con aquel comienzo de dos tantos seguidos, ¿quién podía creer que les iban a dar para el pelo? Y es que usted, en el segundo tiempo, se abatató de una forma... ¿Verdad, Fifí?

Fifí. Hija, yo no vi más sino que lo arrollaron de mala manera y me dió una lástima...

Popo Liñán. Dios se lo pague. ¡Usted me comprende, Fifí!

Fifí. ¡Sí, señor, que le comprendo!

(Continúan hablando en voz baja, de pie, en el primer término derecha. Al fondo, charlan Tita Filo, el Marqués y Felipe Luis. María Clara y Dorita se han sentado en el primer término izquierda.)

María Clara. Tú algo sabes, Dorita, y no me lo quieres decir.

Dorita. ¡Que no sé nada, mujer!

María Clara. No eres franca conmigo. Dime lo que sepas, en la seguridad de que de mí no ha de salir ni una palabra.

Dorita. Chica, pues lo que yo sé es lo que Lalo me ha contado; pero como ese Lalo es tan trapisondista...

María Clara. ¡Habla!

Dorita. Sencillamente; que hay una mujer que le gusta y que lo trae loco, y que esa mujer es Charito la Hebrea.

María Clara ¿Una cualquiera, por lo visto?

Dorita. ¡Figúrate! La amante de un conde o de un duque... ¡No sé!

María Clara. ¿Tú la conoces?

Dorita. De vista. Una vez me la enseñaron en el paseo de coches del Retiro...

María Clara. ¿Y es guapa?

Dorita. Muy guapa; eso, sí. ¡Una mujer espléndida!

María Clara. ¿Y Lalo te ha dicho?...

Dorita. Nada más que eso. Pero, a lo mejor, son sus cosas. ¡No te fíes! Celoso como está y desesperado, ha podido inventar esa historia para vengarse de tus desdenes. ¡Cabe en lo posible! De todas formas, yo, en tu caso, no lo tomaría muy a pechos, porque, ¿quién te asegura que no sea verdad el que Gonzalo haya tenido necesidad de asistir a esa reunión de ingenieros de que te hablaba en la carta?

María Clara. Yo, que tengo la prueba de lo contrario. En el Centro, a donde he llamado por teléfono, me

han dicho que allí no había noticias de tal reunión. Para mentir hay que atar muchos cabos, Dorita.

Dorita. Siendo así, me callo.

María Clara. Y más me duele su proceder, porque no lo esperaba ¡Te lo juro!

Dorita. Tampoco es para que te pongas así... Si el engaño fuera con una de tu igual, comprendería tu disgusto; pero siendo con quien es, no debías ni preocuparte. ¡Hasta distinguido resulta!

María Clara. Para otra menos enamorada que yo...

Dorita. No insisto.

(Por el foro, aparece QUICO BERMÚDEZ.)

Quico Bermúdez. ¡Caramba, si están aquí las niñas!

Africa. ¡Hola, Quico! (Nuevos saludos.)

Quico Bermúdez. ¡Doña Filo, qué elegante viene usted y qué guapa! ¡Si parece una pollita!

Tita Filo ¡Y lo soy, Quico; lo soy! Pero, ¿qué edad se cree usted que tengo yo? ¡Treinta y siete años, hijo; treinta y siete años!

Felipe Luis. (En voz baja, a Quico.) ¿Qué dice?

Quico Bermúdez. Que tiene treinta y siete.

Felipe Luis. Eso es a la sombra; al sol pasa de cincuenta.

(Quico suelta la carcajada.)

Fifí. ¿Viene usted del salón?

Quico Bermúdez. Sí, Fifí; aburridísimo. No hay nadie; lo que se dice nadie.

Dorita. Como que lo mejor era irnos al Prado, como ha hecho Tono, y, si acaso, dar luego una vuelta por aquí.

Quico Bermúdez. Me parece muy bien. Y, por mi parte, no hay inconveniente.

Dorita. ¿Quiere usted, don Felipe?

Felipe Luis. ¿El qué?

Dorita. Que nos vayamos al Prado. Lo que había que ver en el Ritz, ya está visto.

Felipe Luis. Estoy a vuestra disposición, hijas mías.

Dorita. ¡Eso! Y así entraremos en el tubo de la risa, que tengo yo muchas ganas de verlo.

Felipe Luis. Pero, hija; yendo constantemente con tu tía Filo, ¿para qué más tubo de la risa?

Dorita. ¡Don Felipe... que todavía se va usted a casar con ella!

Felipe Luis. ¡No lo permita Dios!

Dorita. (Animando a María Clara.) ¡Anda, María Clara! No seas tonta. ¡Anímate, mujer! ¡Qué tonta eres!

Felipe Luis. ¿Usted se queda, Marqués?

El Marqués de Somovilla. Sí; me quedo.

Felipe Luis. Hasta después, entonces.

(Se marchan todos, animadamente, por el foro derecha, menos el Marqués, que se va por el foro izquierda. Antes de salir, Popo detiene a Quico.)

Popo Liñán. (A Quico.) ¿No querías tú saber esta mañana a quién le habría sacao Somovilla los diez duros de la cesta de María Clara?... ¡Pues me los ha sacao a mí, con treinta más!

Quico Bermúdez. (En son de burla.) ¿A ti? ¡Que sea enhorabuena, chico! Me devuelves la vida. Temblando estaba de ser yo el pagano. ¿Has sido tú? Te felicito y me felicito.

Popo Liñán. ¡Una gracia vuestra la de dejarme solo con él! ¡Y que tardó mucho en tirarse a fondo!... (Imitando la voz del Marqués.) Deber a un amigo...

Quico Bermúdez. (En el mismo tono.) Honra la amistad; deber a un cualquiera, etcétera, etcétera, etcétera. Conozco el disco; me lo sé de memoria. ¡Anda, que se nos van las chicas! (Salen por el foro derecha. Queda la escena sola. Por la izquierda aparecen LALO PINARES y CHARITO LA HEBREA, una hermosa mujer de veintitantos años, morena, de ojos grandes y negros; viste elegantísimamente. Se supone que Lalo ha debido decirle algo gracioso, porque ella entra en escena riéndose mucho. Se sientan los dos a la mesa del primer término derecha.)

Charito la Hebrea Pero, ¿qué dices, Lalo? ¡Vamos, tú estás loco! ¿Que le haga yo el amor al perfumista?

Lalo Pinares. No me has entendido, Charo. Lo que yo pretendo es que lo entretengas esta noche, por lo menos, haciéndole creer que no te es indiferente.

Charito la Hebrea. Y eso, ¿para qué?

Lalo Pinares. ¿Te va a costar mucho trabajo?

Charito la Hebrea. Ninguno, porque, además, ya sabes tú que Gonzalo me gusta hace tiempo; pero, vamos, necesito que me expliques el por qué de la pantomima.

Lalo Pinares. ¡Señor, por gusto!

Charito la Hebrea. (Con sorna y sin dar crédito a las palabras de Lalo.) ¡Ay, por gusto!

Lalo Pinares. ¡Un capricho mío! ¿Tiene algo de particular, o es que temes que se entere San Judas?

Charito la Hebrea. Lo mismo me da a mí que se entere San Judas, que San Marcos, con tal de enterarme yo primero. Conque explícate, porque eso tiene truco. ¿Cuánto te vale a ti la papeleta?

Lalo Pinares. Oye; pero, ¿por quién me tomas?

Charito la Hebrea. ¡Anda, qué gracioso! ¡Por lo que eres: el primer fresco de Madrid! ¡Así que nos conocemos de ayer de mañana!

Lalo Pinares. Y suponiendo que, efectivamente, me valiese unas pesetas, ¿estás dispuesta a hacer lo que te digo?

Charito la Hebrea. Según y cómo. Si partimos, sí.

Lalo Pinares. Partiremos.

Charito la Hebrea. Pues no hay más que hablar. Estoy a tus órdenes.

Lalo Pinares. (Mirando hacia el foro izquierda.) ¡Silencio, que llega él! (En efecto, por el foro izquierda aparece GONZALO, de smoking. Lalo acude a recibirlo con los brazos abiertos.) ¡Querido Gonzalito!

Gonzalo. ¡Querido Lalo!

Lalo Pinares. (En voz baja.) Aquí está ella. He cumplido mi palabra.

Gonzalo. Gracias, Lalo.

Lalo Pinares. Y a María Clara, ¿qué?

Gonzalo. La he enviado una carta diciéndola que me era imposible verla esta noche, por ser indispensable mi presencia en una junta con otros compañeros.

Lalo Pinares. ¿Ve usted? Si a las mujeres se las convence fácilmente.

Gonzalo. No lo crea usted, que puede que esta aventura me cueste un disgusto serio con mi novia.

Lalo Pinares. (Con fingida conmiseración.) ¿Es posible? Lo sentiría.

Gonzalo. ¡Y yo! Pero, como dijo no sé qué rey: París bien vale una misa.

Lalo Pinares. ¡Y que viene esta noche como para decírsela cantada! ¡Es usted el hombre de la suerte! (Aproximándose a la mesa de Charito, en unión de Gonzalo.) Charito, tengo el gusto de presentarte a mi amigo Gonzalo Ruiz...

Gonzalo. Ya creo que nos conocemos, y hasta que hemos hablado alguna vez...

Charito la Hebrea. Muy cierto. (Se dan la mano) ¿No quiere usted sentarse?

Gonzalo. Si usted me lo consiente...

Charito la Hebrea. ¿Cómo no? (Se sientan Lalo y Gonzalo.)

Lalo Pinares. ¡Un gran admirador tuyo, Charito!

Gonzalo. ¡Ya lo sabe ella!

Charito la Hebrea. Muy amable.

Gonzalo. (Sacando su pitillera y ofreciéndole un pitillo a Charito.) ¿Un cigarrillo?

Charito la Hebrea. ¿Egipcios?

Lalo Pinares. (Sacando su petaca.) ¡Deje usted, Gonzalo! Charito los preferirá de estos míos.

Gonzalo. ¿Por qué? Son iguales. Abdullas. ¡Los que yo fumo siempre!

Lalo Pinares. (¡Qué cínico! ¡Me arrugó!)

Charito la Hebrea. (Aceptando un pitillo de Gonzalo.) Gracias, Gonzalo.

(Encienden los pitillos y fuman.)

Gonzalo. ¿Me permiten ustedes que les invite a una botella de champagne?

Lalo Pinares. Es temprano; mejor luego en la Cuesta. ¿No, Charo?

Charito la Hebrea. Como dispongas.

Gonzalo. ¡Ah! Pero, ¿no nos quedamos aquí?

Lalo Pinares. ¡De ninguna manera! Esto es un velatorio. ¿Ha estado usted, por casualidad, en el salón?

Gonzalo. He venido directamente al jardín.

Lalo Pinares. Por eso. ¡Muy triste la fiesta!

Gonzalo. ¡Ah! ¿Sí?

Lalo Pinares. ¡Muy triste! Cuatro loros y media docena de chicas *regular*. Gente *bien*, poca.

Charito la Hebrea. Se está poniendo esto de lo más demodé...

Gonzalo. ¿Mucho tiempo ausente el Conde de Madrid, Charito?

Charito la Hebrea. No sé; me figuro que sí. Han surgido conflictos y complicaciones en el asunto del funicular, y acaso permanezca en Córdoba todo el verano.

Gonzalo. Cosa que usted lamentará profundamente.

Charito la Hebrea. Lo dirá usted en chufla, porque, vamos...

Lalo Pinares. Como que lo que no se explica, Charo,—y perdona, chica, que yo me meta en lo que no me importa—es que una mujer de tu postín se avenga a soportar las chinchorrerías de ese viejo.

Charito la Hebrea. Dame tú un joven con sus condiciones... (Haciendo la señal del dinero.) y ya verás si las aguanto.

Lalo Pinares. ¡Anda! Pues muy cerca de ti tienes uno que está dispuesto a lo que sea menester. ¿No, Gonzalo?

Gonzalo. También lo sabe ella hace tiempo.

Charito la Hebrea. Es que Gonzalo no es libre.

Lalo Pinares. ¿Quién lo ha dicho? Soltero y solo en la vida.

Charito la Hebrea. Soltero, pero con novia.

Lalo Pinares. ¿Qué más da?

Charito la Hebrea. ¿No ha de dar? Yo seré lo que se quiera, pero incapaz de hacerle un mal tercio a otra mujer.

Lalo Pinares. ¡Vamos, chica! ¿No te lo hicieron a ti antes?

Charito la Hebrea. Razón de sobra para que yo procure evitárselo a las demás.

Lalo Pinares. ¡Sí que eres romántica!

Charito la Hebrea. Y ¿qué quieres? Por lo mismo que el origen de mi desgracia fué la mala acción de aquel granuja, que me dejó con la ropa hecha para la boda por irse detrás de una cualquiera y con su charranada me hizo caer en esta vida que ahora llevo, yo me juré a mí misma, desde entonces, cortarme antes la mano derecha que querer nunca a un hombre que estuviese comprometido.

Gonzalo. (Con interés.) Pero, ¿usted, Charito?... no sabía...

Charito la Hebrea. Sí, Gonzalo, sí. Conque, ya lo sabe usted para que deje de hacerse ilusiones; el hombre a quien yo quiera no ha de tener compromiso ninguno que lo ate. ¡Es condición precisa para ganar mi voluntad!

Lalo Pinares. Pues ya lo oye usted, Gonzalo. ¡Será forzoso reñir con María Clara!

Charito la Hebrea. (Saltando como un resorte.) ¡Calla,

víbora! ¿Qué estás diciendo? No le aconsejes disparates. Gonzalo hace muy bien en querer a esa muchacha, que es digna de él y que lo hará feliz. No pienses que todos sean como tú, tan cínicos, tan sinvergüenzas...

(Gonzalo se ríe.)

Lalo Pinares. ¡Chica, no ofendas! Haz el favor.

Charito la Hebrea. ¿Ofender? Hacía tu retrato.

Lalo Pinares. Conforme, pero ya tú sabes que a todo el que es feo no le gusta salir parecido en la fotografía. Conque, retoca, Charo, retoca.

Charito la Hebrea. (Riéndose.) ¡Qué fresco eres!

Gonzalo. ¿Quiere decir, entonces, Charito, que debo perder toda esperanza?

Charito la Hebrea. Sí, Gonzalo; debe usted perderla. Usted ya tiene trazado su camino; no se aparte de él. A usted no le van bien ciertas cosas. ¡Créame! Es un consejo leal.

Lalo Pinares. Pero, bueno, y ¿quién te mete a ti...?

Charito la Hebrea. ¡Créame, Gonzalo!

Lalo Pinares. (Sí que me ha fastidiao esta Magdalena arrepentida!...)

(Por la izquierda aparecen DON FRANCISCO y DON CARLOS, de smoking.)

Gonzalo. (En ascuas.) ¡Aguanta! ¡Mi padre y don Francisco! (Se pone de pie.)

Don Francisco. (Sorprendido.) ¡Gonzalo!

Don Carlos. (Secamente.) ¿Qué haces tú aquí?

Lalo Pinares. (Desde su sitio.) Buenas noches, señores.

Don Francisco. (Con desprecio.) Buenas noches.

(Mientras Gonzalo habla con su padre y con don Francisco, Lalo increpa en voz baja a Charito por la conducta seguida.)

Gonzalo. (Con cierto azoramiento.) Pues. . ¡nada! Les extrañará verme... ¡Claro! ¡A mí también! ¡A mí también verles a ustedes! Pues... ¡Eso! Que se terminó la junta antes de lo que esperaba y, como ya le había escrito a María Clara diciéndole que no iría esta noche, aburrido, me vine aquí y me encontré con Lalo, que estaba con esa señorita... y... y... nada más. ¡Nada más!

Don Carlos. Sabes que no me gusta que frecuentes los sitios donde se reúne la colonia de lilas. ¡Te lo tengo dicho, Gonzalo!

Gonzalo. Pues... ¡a ver dónde estás tú, papá!

Don Carlos. Yo vengo a mi negocio.

Don Francisco. ¿La colonia de lilas dice usted, don Carlos? Y ¿qué es ello?

Gonzalo. Es que papá tiene la costumbre de designar todo lo que ve con nombres de la perfumería.

Don Carlos. Verdad que sí. Y le llamo colonia de lilas, pa que usté se entere, don Francisco, a toa esa colección de pollos *bien,* como se dice ahora, que van por las calles siendo el hágame usté reír de la gente, con el hongo hasta las orejas, la americana entrabillá y el junquillo en la mano, andando a saltos, como si fuesen siempre cuesta arriba.

Don Francisco. ¡Es curioso! Y el mote, un verdadero acierto.

Don Carlos. Acierto o no, lo que yo le pido a Dios es que mi hijo no se me pase a la colonia. Y el condenao parece que lo hace a posta... ¡Pero antes le parto un hueso!

Gonzalo. ¡Papá!

Don Francisco. ¡Don Carlos!

Don Carlos. ¡Vete! ¡Vete, Gonzalo! ¡Y que esto no se vuelva a repetir!

Gonzalo. Hasta luego, papá. Hasta mañana, don Francisco. Y a María Clara no le diga usted que me ha visto. Se llevaría un disgusto.

Don Carlos. ¡Además, eso!

Don Francisco. Márchate descuidado, que nada le diré.

Gonzalo. Gracias, don Francisco.

Don Francisco. ¡Adiós, hombre!

Gonzalo. (Acercándose a Lalo y a Charito.) Vámonos, si les parece a ustedes, que la noche se ha metido en agua.

Lalo Pinares. ¿Pasa algo?

Gonzalo. ¡Calcule usted! Menos mal que don Francisco es un hombre inteligente.

Lalo Pinares. Y ¿adónde vamos: a la Cuesta o a la verbena?

Gonzalo. Donde sea. La cuestión es quitarnos de enmedio. Y perdone usted, Charito...

Charito la Hebrea. Al contrario: sentiría que por mi causa...

Gonzalo. ¡Por Dios!... A la puerta les espero.

Lalo Pinares. (Saludando a don Francisco y don Carlos.) Buenas noches, señores.

Don Carlos. Buenas noches.

Don Francisco. Buenas noches.

(Charito saluda con una inclinación de cabeza y sale por el foro derecha, seguida de Lalo. Gonzalo se va por la izquierda.)

Don Carlos. (Por Charito.) ¡Y es guapa la criatura! (Se sientan.)

Don Francisco. ¡Sí que es guapa!

Don Carlos. ¡Condenao chaval!

Don Francisco. La edad lo disculpa.

Don Carlos. Que le gusten las mujeres no me importa; sale en eso a su padre. Pero que sea pollo *bien*... ¡Vamos, que no! ¡Antes muerto! La vida me paso predicándole, pero al arrastrao le tira lo que ve. ¡Natural! Quedan ya tan pocos hombres... ¡Tó está contaminao, don Francisco! Y a mí, pulseritas, no; americana entrabillá, no; chaleco tutankamen, no; nudito chiquirritín de la corbata, no; eso, no.

Don Francisco. También usted exagera, don Carlos.

Don Carlos. No exagero, don Francisco, que por ahí se empieza. Y este hijo mío, que no ha dicho en su vida, porque yo he puesto buen cuidao en ello, ni bestial, ni burrada, ni plan ostra, ni ninguna de esas pamplinas que le oye usted a diario a los pollitos *bien*, hace ya unos meses, desde que se reúne con estos nuevos amiguitos, que no se le pregunta qué le parece una cosa que no conteste: ¡está jamón! Y ve una mujer guapa y... ¡jamón! Y un auto de lujo y... ¡jamón! Y unos tirantes y... ¡jamón! ¡Y es ya mucho jamón, canastos!

Don Francisco. (Riéndose.) ¡Qué hombre tan pintoresco es usted, don Carlos!

Don Carlos. ¿Se ríe usted?

Don Francisco. ¿No he de reírme? Es usted delicioso. (Levantándose para saludar a EL MARQUÉS DE SOMOVILLA, que sale por el foro derecha.) ¡Mi gran amigo Somovilla!

El Marqués de Somovilla. ¡Señor Vidal!

Don Francisco. ¡Tanto tiempo sin verle! Nos tiene usted olvidados.

El Marqués de Somovilla. Eso, nunca, Vidal; ya lo sabe usted.

Don Francisco. Ya lo sé, ya lo sé.

El Marqués de Somovilla. (Saludando a don Carlos.) ¿Cómo va, señor Ruiz?

Don Carlos. Bien, ¿y usted, Marqués?

El Marqués de Somovilla. Tirando.

Don Carlos. ¿De qué?

El Marqués de Somovilla. De la vida.

Don Carlos. Ya. Si es de la vida... (Se sientan.)

El Marqués de Somovilla. (A don Francisco) Acabo de saludar a su chica, Vidal.

Don Francisco. ¿A María Clara? Pero, ¿está aquí? Nada sabía...

El Marqués de Somovilla Ha estado, por lo menos, con Dorita y Filo y Felipe Luis...

Don Francisco. Ya, ya.

El Marqués de Somovilla. Se marcharon todos aburridos a dar unas vueltas por el Prado.

Don Francisco. Ya.

El Marqués de Somovilla. Y a usted, amigo Ruiz ¿cómo le va en su negocio?

Don Carlos. Pues como a usté en la vida; tirando.

El Marqués de Somovilla. ¿Se vende poco?

Don Carlos. ¡Pchs!

El Marqués de Somovilla. ¿Pronto de veraneo, Vidal?

Don Francisco. Como siempre; a primeros de julio.

El Marqués de Somovilla. A ver si un día, antes de que partan ustedes, voy a hacerles una visita.

Don Francisco. Cuando usted guste.

El Marqués de Somovilla. ¿Se marchan al Norte?

Don Francisco. No; aquí, a la sierra; a Pinos de la Sierra, un pueblecito a las faldas del Guadarrama, donde hemos formado una espléndida colonia veraniega y donde lo pasamos estupendamente. Ya hace tres años que vamos allí. Un domingo tiene usted que ir a comer con nosotros, don Carlos; eso si no quiere dispensarnos el honor de estarse una temporadita.

Don Carlos. Ya veremos, ya veremos.

Don Francisco. Nada, nada; es forzoso aceptar. A mí no se me desprecia la invitación. Y lo mismo le digo, Marqués.

El Marqués de Somovilla. Muchas gracias; pero ya sabe usted que yo no salgo de mi concha.

Don Francisco. ¿Va usted a San Sebastián?

El Marqués de Somovilla. No. Voy a Biarritz. Al de-

cir mi concha, me refería a la propia. Por cierto que he de enterarme a cómo están los francos...

Don Carlos. A treinta y tres. Acabo de saberlo en el Casino, hojeando *Le Matin.* (Lo pronuncia como está escrito.)

El Marqués de Somovilla. (Corrigiéndole.) ¡Matán, don Carlos!

Don Carlos. ¿Cómo?

El Marqués de Somovilla. Perdone usted la petulancia, pero no puedo oír una palabra mal dicha; y, en francés, la i, seguida de ene, tiene un sonido entre a y e. ¡Matán!

Don Carlos. (Pronunciando exageradamente la palabra.) ¡Pues en *Le Matán*, Marqués!

El Marqués de Somovilla. (Inclinándose en una profunda reverencia.) Agradecido.

(Por el foro derecha aparece FELIPE LUIS.)

Felipe Luis. ¡Caballeros!...

Don Francisco. ¡Hola, hombre!

Felipe Luis. (Sentándose, con muestras de cansancio.) Sabía que estábais aquí. Me lo ha dicho Gonzalo.

Don Francisco. ¡Ah! Pero, ¿habéis visto a Gonzalo?

Felipe Luis. Nos lo hemos encontrado en la verbena, y bien acompañado por las trazas. Trató de esquivar el saludo, metiéndose por entre la gente; pero a la voz de María Clara, no tuvo más remedio que acercarse y hemos tenido escena.

Don Francisco. ¡Vaya por Dios!

Don Carlos. ¡Era de esperar!

Don Francisco. Pero, ¿cosa grave el disgusto?

Felipe Luis. No creo... Nube de verano, que pasará, seguramente.

Don Francisco. Seguramente. ¿Dónde se han quedado ellos?

Felipe Luis. En el salón, con las otras chicas. Por distraer a María Clara fuimos a dar una vuelta por el Prado y, la verdad, chico, vengo molido; lo que se dice hecho polvo.

Don Francisco. ¿Tanto habéis andado?

Felipe Luis. Lo de menos es andar; lo que agobia es el tropezarse con la gente, el bullicio... No sé, no sé. Luego hemos estado en tres o cuatro barracas, en la

plataforma de la risa, y hasta nos hemos permitido comprar papeletas de una rifa, teniendo la satisfacción de que haya sido agraciada, por primera vez en su vida, tu hermana Filo.

Don Francisco. (En tono de amistosa reconvención.) ¡Felipe Luis!

Felipe Luis. Te advierto que lo ha confesado ella misma. No creas que es ironía. Le ha tocado una preciosa jaula para loro o cotorra, a propósito de lo cual yo la he dicho que ya tenía sitio para estar cuando la llevéis este verano a Pinos de la Sierra: dentro de la jaula; cosa que, no sé por qué, le ha sentado como un tiro.

Don Francisco. ¡Naturalmente!

Felipe Luis. (Riéndose.) Ya sabes lo que me gusta quemarle la sangre.

Don Francisco. ¡Siempre el mismo, Felipe Luis!

El Marqués de Somovilla. Genio y figura...

Felipe Luis. No lo querrán ustedes creer, pero estoy aplanado.

Don Francisco. La falta de costumbre de moverte.

Felipe Luis. Puede que sea eso. Y a propósito de movimiento: chico, hay un camarero en la terraza, sirviendo siete cenas él solo al mismo tiempo, que a mí me tiene pasmado. ¡Qué hombre más grande! Se multiplica, se divide, se hace pedazos... La entrada, el postre, el asado, el puré, la lubina, el... ¡Verbo divino! ¡Qué tío! De verlo nada más, me dan calambres.

Don Francisco. (Levantándose.) Bueno; pues, anda, acompáñame.

Felipe Luis. ¿Qué dices, Paco? Pídeme lo que quieras, pero no me pidas que me levante ahora. Hasta algún dinero estoy dispuesto a darte, con tal de no moverme.

Don Francisco. ¡Vamos, gandul; que me acompañes te digo! Es preciso buscar a María Clara y a Gonzalo.

Felipe Luis. ¿No te he dicho que están en el salón? ¿Hace falta que yo haga el sacrificio de ir contigo?

Don Francisco. Quiero que celebremos aquí mismo una cena familiar para, a los postres, sellar la paz entre los novios. ¿Qué te parece?

Felipe Luis. ¡Magnífica idea!

Don Francisco. ¿Y a usted, don Carlos?

Don Carlos. Como cosa pensada por usté.

Don Francisco. ¡Pues, vamos! (A Felipe Luis.) ¡Anda, tú!

Felipe Luis. (Levantándose trabajosamente.) Como te empeñes en una cosa...

Don Francisco. Venga usted también, don Carlos, si quiere. ¡Y usted, Marqués!

El Marqués de Somovilla. Con mucho gusto.

Don Carlos. ¡Vamos donde sea! (Se levantan don Carlos y el Marqués. Don Francisco y Felipe Luis se dirigen hacia el foro izquierda, por donde desaparecen. Detrás marchan el Marqués y don Carlos.) Ahora, que se me ocurre a mí, que mejor que cenar aquí, donde hay mucho tonteo, lo lógico era ir a comernos un cabrito asao a casa de Botán. ¿No le parece a usté, Marqués?

El Marqués de Somovilla. ¡Botín, don Carlos!

Don Carlos. ¿Cómo?

El Marqués de Somovilla. ¡A casa de Botín!

Don Carlos. ¡Mi madre! Pero, ¿en qué quedamos? ¿No acaba usté de decirme?...

(Desaparecen por el foro izquierda. Pausa. Dentro suena la música. Por el foro derecha llegan, discutiendo, MARÍA CLARA y GONZALO; ella delante y él detrás.)

María Clara. ¡Déjame, Gonzalo! ¡Vete! (Se sienta.)

Gonzalo. ¡Pero, María Clara, sé razonable! ¡Escúchame!

María Clara. Escuchándote llevo media hora y, ya lo ves, no me convences.

Gonzalo. (Suplicante.) ¡María Clara!...

María Clara. No te canses en tonto. Es inútil todo cuanto me digas. Lo que he visto por mis propios ojos, resulta ridículo que pretendas negarlo ahora. ¡Ten, por lo menos, el valor de tus actos!

Gonzalo. ¿Quieres que te lo jure?

María Clara. ¿Para qué, si no he de creer en tu juramento? ¡Déjame! ¡Vete con ella! ¡Con ella! Mentira parece que hayas podido tenerme engañada tanto tiempo.

Gonzalo. Pero, chiquilla, si no hay nada; si todo es una ofuscación tuya. ¿Cómo he de decírtelo? Entre esa mujer y yo no existe ni siquiera una amistad; menos aún la inteligencia que supones.

María Clara. ¿Y piensas que he de dejarme embau-

car por tus argumentos? No, Gonzalo. Una vez caída la venda de mis ojos, que me impedía verte tal cual eres, no habrá ya fuerza humana que me aparte de mi firme propósito. Entre tú y yo, todo ha concluído para siempre. Tengo, además, pruebas palpables de la deslealtad de tu proceder.

Gonzalo. ¿Qué pruebas?

María Clara. Eso no te importa; las tengo yo y me bastan.

Gonzalo. ¿Es decir, que me condenas sin oírme, sin atender a mis razonamientos?

María Clara. Pero, ¿qué razonamientos caben ante los hechos consumados?

Gonzalo. Piensa que las apariencias engañan.

María Clara. Ese es el recurso; decir que engañan las apariencias; pero cuando éstas son tan engañosas que se confunden con la realidad, ¿qué más tiene que sean apariencias o no? Es suficiente con que una las crea. Y en este caso, aún conviniendo en tu argumentación, es más fuerte para mí la apariencia que la realidad, Gonzalo. Si yo he sentido el resquemor de los celos y el amargor de la traición, este dolor íntimo y callado de las dos heridas ya no lo cura ni una amañada exposición de los hechos, ni tu arrepentimiento tardío. Tal vez si no te hubiese querido tanto, si no hubiese tenido en ti tan ciega fe, estaría propicia a perdonar. Siendo lo que eras para mí, no podré perdonarte nunca. ¡Nunca, Gonzalo!

Gonzalo. ¿Eres rencorosa?

María Clara. Soy... leal a mis afectos.

Gonzalo. Y ¿ni el recuerdo de los días pasados, en la felidad de nuestro mutuo amor, te inclina a ser generosa, María Clara?

María Clara. Eso, menos; porque me figuro que me has engañado siempre, que todo ha sido mentira, burla cruel, y me sublevo ante la idea de haber podido pasar ante la gente por un juguete tuyo. Ya te lo he dicho, Gonzalo, no te canses más. ¡Déjame y vete! ¡Vete con ella! (Señalando hacia la izquierda.) ¡Ahí la tienes, esperándote, sin duda!

Gonzalo. Yo te pido, María Clara, que olvides y me perdones.

María Clara. Nunca.

Gonzalo. ¡No des lugar a que sea lo que no ha sido hasta ahora!

María Clara. ¿Me amenazas?

Gonzalo. Te ruego que me perdones solamente.

María Clara. No; me amenazas con irte con ella. ¡Eso es lo que has querido darme a entender! ¿Ves, Gonzalo? ¿Ves como tú mismo te vendes? ¿Y decías que no tenías ni siquiera amistad? (Con repugnancia.) ¡Vete, vete!

Gonzalo. ¡Por favor, María Clara!... No me pongas en el disparadero. ¡Te lo suplico por la memoria de lo pasado!

María Clara. ¡Vete!

Gonzalo. ¡Por el recuerdo de lo que me has querido!

María Clara. ¡Vete!

Gonzalo. Aplaza tu decisión; espera a calmarte, a que tus nervios se serenen y vuelva a hacerse la luz en tu cerebro.

María Clara. ¡Vete, Gonzalo! ¡Esto se acabó!

Gonzalo. ¡Por última vez, María Clara!...

María Clara. ¡Vete!

Gonzalo. (Suplicante.) ¡María Clara!...

María Clara. (Con desprecio.) ¡Ah!

(Por el foro derecha aparece DORITA.)

Dorita. María Clara, tu padre te busca.

María Clara. (Levantándose.) Vamos. (Y pasa por delante de Gonzalo sin mirarlo siquiera.)

Gonzalo. (Acercándose a ella en humilde actitud.) ¡María Clara!

(María Clara lo envuelve en una mirada de profundo desdén y se dirige hacia el foro derecha, con Dorita.)

Dorita. (En tono confidencial.) ¿Qué ha pasado?

(María Clara le estrecha una mano como diciéndole que calle. Por la izquierda salen CHARITO LA HEBREA y LALO PINARES. Gonzalo, a quien ha humillado como un latigazo en el rostro la mirada despreciativa de María Clara, cuando ve a Charito, ve su venganza inmediata y se acerca a ella, decidido. María Clara y Dorita se detienen al fondo, procurando escuchar sin ser vistas.)

Gonzalo. ¡Charito! ¡Estoy a su disposición! ¡Vámonos a la Cuesta!

Charito la Hebrea. (Sorprendida.) Pero, esto, ¿qué es, Gonzalo?

Gonzalo. Que he reñido con mi novia. ¡Ya soy libre, ya soy como usted me quería! (Lalo pone una cara de íntima satisfacción.)

Charito la Hebrea. ¿Qué?... No. Eso no puede ser. No sea usted loco. ¡Pídale perdón! ¡Márchese con ella, Gonzalo!

Lalo Pinares. Pero tú ¿qué tienes que meterte en nada? ¡Déjalo! Ya él sabrá lo que se hace. ¡A la Cuesta!

Gonzalo. ¡A la Cuesta! (Sale por la izquierda.)

Charito la Hebrea. (Indignada contra Lalo.) ¡Esto no, Lalo! ¡Esto, no! ¡Esto, no!

Lalo Pinares. (Empujándola hacia la izquierda.) ¡Vamos, chalupa! ¡Tira!

(Se van por la izquierda Charito y Lalo. Unos momentos antes ha salido EL MARQUÉS DE SOMOVILLA, y se ha sentado a la mesa del primer término derecha. María Clara, que ha escuchado, emocionada, la escena entre Gonzalo y Charito, rompe a llorar y cae de bruces sobre la mesita del fondo. Dorita la consuela. Dentro suena la orquesta.)

El Marqués de Somovilla. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Camarero... otro wisky!

(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

En Pinos de la Sierra. Al foro, en el ángulo izquierdo, fachada principal del hotelito donde veranean don Francisco y su familia, con puerta practicable al centro y una pequeña escalinata para subir. A la izquierda, en primer término, aislada del hotel, fachada de la casita del jardinero. Por la escena, unos cuantos árboles, enanos y sin hojas, y varios cuadros de jardín con las plantas mustias y agostadas. Sillas y sillones de mimbre y alguna que otra mesita volante. Al fondo, paisaje de la Sierra de Guadarrama. Cercando la finca una verja de madera, de la que no se verá más que la parte correspondiente al foro, pues el jardin figura que continúa hacia la derecha. Entradas y salidas a derecha e izquierda y por las puertas del hotel y de la casa del jardinero. Se supone que del acto segundo al tercero ha transcurrido un mes. Es de día, por la tarde, a finales de julio.

—

(Al levantarse el telón, aparece, cavando la tierra, en uno de los macizos del jardín, RETAMA, jardinero de la finca, un hombre joven, tosco y rudo. De pie, a su lado, contemplándolo con muda admiración, FELIPE LUIS, que viste un traje claro de hilo, calza zapatos de lona y se toca con un amplio sombrero de palma.)

Felipe Luis. (Después de unos segundos de contemplación.) ¡Eres admirable, Retama, admirable! ¿No te cansas, hijo?

Retama. ¿Yo? ¿Pa qué?

Felipe Luis. ¡Pa qué! ¡Estóica contestación! Es todo un tratado de filosofía.

Retama. ¿Hay que cavar? Pos se cava, hasta ver si estas plantas, con la tierra removía, consiguen agarrarse a la tierra. Ese es el deber de uno, que pa eso le pagan.

Felipe Luis. Y yo no es que te censure—¡líbreme Dios!—pero, vamos, me maravilla que puedas llevar dos horas sin levantar cabeza, sin descansar ni para liarte un cigarrillo.

Retama. Ya descansará uno, a la noche, cuando se acueste.

Felipe Luis. ¡Eres estóico!

Retama. Soy de aquí, de la provincia de Segovia.

Felipe Luis. ¡Eres muy bruto!

Retama. Según se mire, don Felipe.

Felipe Luis. Aunque lo mires con los ojos entornados. ¡Muy bruto! ¿No te pesa el azadón?

Retama. ¡Vaya si me pesa! (Ofreciéndole la herramienta.) Pruébelo usté.

Felipe Luis. Me basta tu palabra.

Retama. Pesa lo suyo. Y el sol también pesa, pero, ¿qué remedio, don Felipe? ¡Esta es la vía!

Felipe Luis. ¡Que te crees tú eso!

(Por la puerta del hotel baja al jardín MARÍA CLARA.)

María Clara. ¡Tío Felipe!

Felipe Luis. ¡María Clara!

María Clara. Empieza a comunicar la Radio. Anda, si no quieres perderte la sesión.

Felipe Luis. Te advierto que estoy ya de la Radio algo más que mosca.

María Clara. Pues por ti se hizo la instalación, para que te distrajeras.

Felipe Luis. Conforme; pero llevo aquí un mes, durmiendo con los auriculares puestos, como quien dice, y hasta la fecha no he conseguido oír más que las horas de las cinco partes del mundo. Y es un poco cargante, sobrinita. ¡Atención! Hora de Londres. ¡Las cuatro y cuarto! Yo miro mi reloj, que marca la una, lo pongo en las cuatro y cuarto, y, a los diez segundos, nuevo grito de alarma. ¡Atención! Hora de París. ¡Las tres y media! Vuelta a darle a la manecilla y vuelta a escu-

char en el aparato. ¡Atención! Hora de Stambul. ¡Las doce menos veinte! Total, que en el mes escaso que llevamos en Pinos de la Sierra, en primer lugar, no sé en la hora que vivo, y luego he estropeado ya siete relojes. ¡No es negocio, sobrina, no es negocio! Y si no vas a ver. ¿Qué hora será, Retama?

Retama. Por el sol, que es la fija, don Felipe, las tres han dao hace mu poco.

Felipe Luis. ¿Hace muy poco? (Sacando un reloj de un bolsillo del chaleco e invitando a su sobrina a que se le acerque, como ésta lo hace.) Ven acá. Fíjate en mi reloj. ¡Las ocho y cinco! Hora de Leningrado. ¡No hay manera!

María Clara. (Riéndose.) ¡Eres definitivo, tío Felipe!

Felipe Luis. ¡Ah! Y cuenta con que voy que parezco el escaparate de Coppel. Aquí, en la muñeca derecha, un reloj con la hora de París; en la izquierda, otro con la hora de Londres; en este bolsillo del chaleco, uno con la de Stambul, y en éste, otro con la de Leningrado. Pues, consultando los cuatro y haciendo un cómputo, para lo cual hay que estudiar previamente la tabla de logaritmos, vengo a saber la hora que es, con una diferencia que oscila, aproximadamente, entre los sesenta y cinco y los noventa minutos. ¿Qué te parece?

María Clara. ¡Que no hay quien te mejore!

Felipe Luis. En fin, vamos allá, a ver si es posible que yo pesque siquiera una onda que no sea cronométrica. (Encaminándose hacia el hotel.) Hasta ahora, sobrina. (Volviéndose desde el primer peldaño de la escalinata.) ¿Sigue tu futuro suegro de sobremesa con los autores de tus días?

María Clara. ¡Querrás decir el padre de Gonzalo!

Felipe Luis. ¡Tu futuro suegro!

María Clara. No: el padre de Gonzalo. Gonzalo ya no es mi novio ni volverá a serlo...

Felipe Luis ¡Vamos, criatura!...

María Clara. ¡Ni volverá a serlo, tío Felipe! Tendría yo muy poca dignidad si lo admitiera de nuevo. Además, que él tampoco se acuerda de mí. ¡Tú lo sabes!

Felipe Luis. Pues don Carlos bien que sigue cultivando la casa y la amistad de tus padres.

María Clara. Porque don Carlos es el primero en lamentar la conducta seguida por su hijo, como lo prueba el hecho de haberse separado de él, yéndose a vivir solo; y si papá lo invitó, antes de la ruptura, a pasar un día con nosotros en el campo, reiterándole des-

pués la invitación, porque no se creyera que era interesada, el hombre, aunque no haya sido más que por cortesía, se ha considerado obligado a venir. Esto es todo y, como comprenderás, nada tiene que ver con lo que tú supones

Felipe Luis. Lo que quieras, sobrinita. ¡Odio las discusiones bizantinas! Pero, acuérdate de lo que te digo: ¡tú te casarás con Gonzalo!

María Clara. ¿Yo? ¡Qué equivocado estás, tío Felipe!

Felipe Luis. ¡Al tiempo! No sé si a la hora de París o a la de Burgos, pero que te casarás con él... ¡Eso está escrito!

María Clara. ¡Bueno!

Felipe Luis. ¡Al tiempo, María Clara, al tiempo! (Vase por la puerta del hotel.)

María Clara. (Suspirando) (¡Ay, tío Felipe, si Dios te oyera!...) (Se sienta y queda unos instantes pensativa. Dentro, hacia la derecha, suena una bocina de automóvil. Retama levanta la cabeza y, poniéndose la mano sobre los ojos, a guisa de pantalla, observa.)

Retama. Visita nos viene, señorita. Un auto se acaba de parar a la puerta de la casa y de él se bajan dos señoras.

(María Clara se levanta, mira hacia la derecha y, al reconocer en las que llegan a TITA FILO y a DORITA, sale corriendo a recibirlas.)

María Clara. ¡Dorita! ¡Tita Filo! (Desaparece de la escena y a poco entran, por la derecha, las tres.) ¡Qué alegría! Os juro que ya no os esperaba.

Dorita. ¡Calla, mujer ¿Tú sabes?... Queriendo venir todos los días y siempre surgía alguna cosa que nos hacía desistir del viaje. ¿Cómo estás? Te encuentro más repuesta, de mejor color...

María Clara. Eso dicen. No será por lo que yo me cuide.

Tita Filo. Pero, ¿todavía dura *aquello?*

María Clara. ¡Y lo que durará, tita Filo!

Tita Filo. ¡Eres de casta de amadoras! Otra Eloísa, otra Isabel, otra Julieta... En eso has salido a tu tía. ¡Te reconozco! (Fijándose en Retama.) Y a todo esto, buenas tardes, joven trabajador, que no había reparado.

Dorita. Es verdad. Buenas tardes.

Retama. Buenas tardes, señoritas.

Tita Filo. ¿Y tus padres, María Clara?

María Clara. Por allá dentro. Ve, si quieres.

Tita Filo. ¿Tú te quedas, Dorita?

María Clara. Sí; déjala conmigo, que tenemos mucho que hablar.

Dorita. Ahora iré, tita Filo.

Tita Filo. Como gustéis. (Vase por la puerta del hotel.)

María Clara. ¿Tú no tienes nada que hacer, Retama?

Retama. Si les estorbo aquí a las señoritas, me puedo llegar a la casilla de los peones camineros, que he de darle un recao a Felipe.

María Clara. Pues, llégate.

Retama. Ya mismo. Con licencia. (Vase por la izquierda.)

María Clara. (Sentándose e invitando a Dorita a que se siente.) Ven aquí, Dorita; siéntate a mi lado y cuéntame todo lo que sepas de Madrid.

Dorita. ¿De Madrid, o de Gonzalo?

María Clara. ¡Mujer, en Madrid entra todo! Estoy ansiosa de noticias. ¡Un mes en Pinos, sin ver a nadie!.. Cuenta. Lo primero, dime cómo está tu madre.

Dorita. Mejor.

María Clara. Más vale así.

Dorita. Pero imposibilitada de moverse. Por eso no hemos salido este año de veraneo.

María Clara. Y en Madrid, ¿qué tal lo pasas?

Dorita. Pues, bien. Tiene para mí el atractivo de la novedad... Y no creas; se divierte una, en proporción, más que en una playa cualquiera, no siendo San Sebastián. Por las noches, vamos al Retiro o a Rosales o a las charlotadas, cuando las hay, y por las tardes, pues, nos sentamos a la puerta de Molinero, tita Filo y yo, a ver la gente o nos vamos a la Castellana, dando un paseo. ¡Distracciones no faltan!

María Clara. Eso es bueno. Las de Lasarte, ¿se marcharon a Deva?

Dorita. Como siempre. Y detrás de África, Quico Bermúdez, que se ha emburrado de una forma, chica...

María Clara. ¡Ah! ¿Sí?

Dorita. No tienes idea de una manera igual de hacer el ganso.

María Clara. ¡Mira Quico también!

Dorita. Paca Nuño, con su lengua de hacha, que el día que se la muerda se envenena, le ha puesto un mote; le llama Abd-el-Krim.

María Clara. ¡Es gracioso! ¿Y Popo?

Dorita. Popo empezó a hacerle la rosca a Fifí, pero, en cuanto supo que se largaban fuera, aplazó la conquista hasta el invierno. ¡Ese es más práctico! Yo, creí que estas noticias las sabías por Tono. Esta mañana ha almorzado en casa.

María Clara. ¿Quién? ¿Tono?

Dorita. Sí.

María Clara. Ya nos lo dijo. Ha ido a Madrid para jugar el partido extraordinario de esta tarde.

Dorita. Que, por cierto, no tenía muchas esperanzas de ganarlo.

María Clara. ¡Llevan una racha!..

(Pequeña pausa.)

Dorita. Bueno, mujer, ya veo que eres discreta y que me preguntas por todo lo que no te interesa, callándote lo único que, verdaderamente, te preocupa.

María Clara. No lo creas. Las referencias que puedas darme de Gonzalo, ya las sé por su padre, que llegó aquí esta mañana a pasar el día con nosotros.

Dorita. ¿Es posible? ¿Ha venido don Carlos?

María Clara. Aceptando la invitación que mi padre le hizo.

Dorita. Sabrás, entonces, que Gonzalo ya no vive con él.

María Clara. Me lo ha dicho.

Dorita. Que está hecho un completo golfo, con esa sinvergüenza de la Hebrea, a la que luce en todas partes como si fuera un Pomerania.

María Clara. Eso no lo sabía, pero me lo imaginaba.

Dorita. Pues, sí, chica; créete que no has perdido nada con haber terminado las relaciones. ¡Es un frescales! Cada vez que pienso que estos malos ratos que tú estás pasando ahora, los estaría pasando yo, si es a mí a la que se declara como todos creíamos, no sabes las gracias que le doy a Dios.

María Clara. Me lo figuro.

Dorita. Por supuesto, que para mí, quien lo ha metido en este barullo es el cínico de Lalo.

María Clara. Y puede que no te equivoques.

Dorita. Lo llevan a donde van. No se les ve en un

sitio, que no estén los tres juntos. Por cierto, que Paca Nuño también los ha bautizado como a Quico Bermúdez. Les llama Charlot, Llapisera y su Botones. (Se ríe.)

María Clara. Tiene menos gracia que lo otro.

Dorita. ¡No digas, mujer; si es saladísimo! Lo que pasa, es que a ti te desagrada porque se meten con Gonzalo.

María Clara. ¡Tal vez!

Dorita. Porque tú, a pesar de todo, lo quieres. Eso no se puede remediar.

María Clara. Tienes razón, Dorita. ¡No se puede remediar! Y yo te juro que desearía no acordarme más de él, borrarlo de aquí, hacerme la cuenta de que no existe; ¡pero es más fuerte que mi voluntad este cariño mío! Aún en el Ritz, aquella noche, después de oír la insistencia con que esa mujer le aconsejaba que volviera conmigo, tuve una esperanza que, después, la conducta de Gonzalo, me ha hecho perder. completamente.

Dorita. ¡Vaya por Dios! ¡Cuánto lo siento!

María Clara ¿Cómo ha de ser? ¡Paciencia!

Dorita. A Lalo le cerrásteis la puerta de vuestra casa, ¿no?

María Clara. Para siempre. Con la protesta de Tono, pero se impuso la autoridad de mi padre. Ese es el culpable, como decías tú muy bien. ¡Charrán! ¡Granuja! Todo por celos, por despecho... Como si una mujer no fuese libre de elegir... ¡Hasta en eso se ve a dónde llega la tiranía de los hombres! ¡Cuánta bajeza y cuánta indignidad!

(Por la derecha, aparece CARMELA, una casadita joven y bien parecida.)

Carmela. ¿Hay permiso, vecina?

María Clara. ¡Adelante, Carmela!

Dorita. ¿Quién es?

María Clara. La vecina del hotel de al lado. (Levantándose para recibirla.) Pase usted.

Carmela. ¡Quietecita! Nada de moverse.

María Clara. ¡No faltaba más! (Se besan.) La señora de... (Haciendo la presentación a Dorita.)

Carmela. Gainchurizqueta.

María Clara. Eso; Gainchurizqueta. Nunca me acuerdo del apellido de su marido de usted.

Carmela. Es un poco raro.

María Clara. Mi prima Dorita...

Carmela. Mucho gusto.

Dorita. El gusto es mío.

María Clara. Siéntese usted, Carmela.

Carmela. Sentiría haber venido a interrumpir...

María Clara. Nada de eso.

Carmela. Pero es el caso que Federico—mi marido—se marcha esta tarde a Madrid para volver mañana, y, por si ustedes querían que les trajese alguna cosa...

María Clara. No sé mamá... Pero, seguramente. Ya sabe usted que aquí, en el campo...

Carmela. Por eso.

(Por la puerta del hotel, sale FELIPE LUIS.)

Felipe Luis. ¡Nada! Tiempo perdido. Tres anuncios indecentes y la hora de Belgrado. ¡Hay para renegar de Marconi! (Saludando a Carmela.) ¡Simpática vecina!...

Carmela. ¡Señor Hermoso!...

Felipe Luis. ¡Siempre tan guapa, ahora que no está presente su marido!

Carmela. ¡Por Dios, don Felipe!

Felipe Luis. Todavía, si fuese usted la que comunicase por la Radio, me explicaría lo que ocurre y hasta lo encontraría justificado.

Carmela. ¿Yo? ¡Qué disparate! ¿Por qué?

Felipe Luis. Porque, hija de mi alma, basta con mirarla un ratito, para ver que es usted una mujer que da la hora.

Carmela. ¡Vamos, señor Hermoso!...

Felipe Luis. ¡Con usted, hasta el Polo!

María Clara. Oye, tío Felipe. ¿Y mamá?

Felipe Luis. Ahí viene con tu padre, don Carlos y tu tía. ¡Dios te guarde, Dorita!

Dorita. ¡Vaya! Creí que no me iba usted a saludar.

Felipe Luis. ¡No, hija! El santo odio que le profeso a tu carabina honoraria, se circunscribe a ella; no alcanza a su generación.

(Por la puerta del hotel, bajan al jardín DOÑA CRISTINA, DON CARLOS, DON FRANCISCO y TITA FILO. Don

Carlos y Tita Filo dan muestras de calor y figuran ahuyentarse las moscas con los pañuelos.)

Doña Cristina. (A don Carlos.) Venga usted aquí, hombre criticón, venga usted al jardín a ver si no es una delicia el fresco que se respira.

Don Carlos. Señora, llamar jardín a este plato de aceitunas con palillos de dientes, es el colmo del buen humor. ¿Dónde hay una hoja ni una mata?

Doña Cristina. Bueno, bueno; con usted no se puede.

Don Carlos Porque digo siempre la verdad.

Doña Cristina. (Saludando a Carmela y a Dorita.) ¡Querida Carmela!...

Carmela. ¡Doña Cristina!...

Doña Cristina. ¡Hola, Dorita!

Dorita. ¡Hola tía! (Se besan.)

Doña Cristina. (Presentando.) Mi cuñada. Don Carlos Ruiz. Señora de Gainchurizqueta...

Don Carlos. Pa servir a usté.

(Saludos, etc., etc. Don Francisco también saluda a Carmela. Se sientan todos.)

Doña Cristina. Aquí tiene usted, Carmelita, a este amigo nuestro que, desde que llegó esta mañana, no hace más que sacarle faltas a la colonia.

Tita Filo. ¡Claro! Como es perfumista... (Felipe Luis le abuchea el chiste y ella lo mira airadamente.) ¡Patoso!

Don Carlos. Perdone usté, doña Cristina; yo no saco faltas a nada. Lo que hago es decir las cosas como las siento.

Felipe Luis. Con la ruda franqueza del marino mercante.

Don Carlos. Con la franqueza del marino, si usté quiere, don Felipe. Pero, vamos, tanto ponderar los encantos de Pinos de la Sierra, pa llegar aquí y encontrarse con esto... ¡La verdad!

Carmela. ¿Es que no le gusta?

Doña Cristina. Ya le oye usted.

Don Carlos. En primer lugar, hablaban ustedes del fresco... ¡Dios lo dé! Esto es una sartén, donde se fríen hasta los pájaros.

Doña Cristina. Porque ha tenido usted la desgracia de llegar en el único día que ha hecho calor, pero, que diga la nena, que diga Paco, que diga Carmelita... ¡Con mantas hemos estado durmiendo!

Don Carlos. Bueno, mire usté, doña Cristina; ese truco de las mantas ya está un poco pasao. Es peregrino que no se venga una sola vez a la Sierra que, echando uno un chorro de sudor por cada pelo, no le oiga a todos la misma cantinela: ¡con mantas hemos estao durmiendo!... ¡Rediez! Habrá sido pa curar un catarro.

Doña Cristina. (A Carmela.) No hay quien le convenza.

Don Carlos. Es el defecto de los veraneantes del Guadarrama: la exageración. Como lo de llamar a esto Pinos; así, pomposamente.. ¡Pinos! En cuanto puse pie en tierra esta mañana y vi el páramo que me rodeaba, mi primera pregunta fué: ¿dónde están los pinos?

Don Francisco. ¿Y no hemos ido, don Carlos?

Don Carlos. Sí que hemos ido, don Francisco; pero... ¡Más vale callar!

Don Francisco. No, no; hable usted, diga usted...

Don Carlos. Cuatro kilómetros cuesta arriba, por carretera, con un sol de justicia, a las doce del día, pa llegar a lo alto de una lomita y encontrar... ¡Un pino! ¡Un solo pino! Eso, sí; frondoso, pero... ¡uno solo! ¿Cabe mayor estafa, don Francisco?

Doña Cristina. ¿Cuál, don Carlos?

Don Carlos. La del plural, señora. ¿Pinos de la Sierra? ¡Nada de Pinos! (Alargando mucho la ese final.) En todo caso, Pino de la Sierra; en singular. Por supuesto, que yo, antes de irme esta tarde, me llevo la ese de la estación pa que no se dejen engañar más incautos. ¡La verdad por encima de todo!

Tita Filo. ¡Es terrible este hombre!

Don Carlos. Pues ¿y las moscas?

Doña Cristina. Las moscas las hay en todas partes, don Carlos; y en el campo, más.

Don Carlos. Pero, ¿en la proporción de aquí, doña Cristina? ¡En ningún sitio!

Doña Cristina. Bueno, pues diga usted lo que quiera, yo las prefiero a las pulgas de San Sebastián.

Don Carlos. Eso es aparte.

Doña Cristina. Como prefiero veranear en la Sierra a irme a una playa; porque en la Sierra tiene usted de todo lo que pueda necesitar y, además, en un caso de apuro, se está a dos pasos de Madrid.

Don Carlos. ¡Ahí ya no discuto! ¿Ve usté? ¡Ahí ya

no me meto! ¡Cuestión de gustos! Usté, *Flores del campo*, y yo, *Aromas de la tierruca.*

Tita Filo. ¡Ya salió! Es particular que este don Carlos encuentre siempre a mano el nombre de un producto de la perfumería con el que designar las cosas. A lo mejor, ¡quién sabe si para nombrarme a mí, también tendrá alguno elegido! Todo es posible. ¿No?

Felipe Luis. ¡Claro que sí, mujer!

Tita Filo. ¡Ah! ¿Sí? Y ¿cuál es, cuál es? ¿Cómo me llama?

Felipe Luis. *¡Colonia añeja!*

(Grandes risas por parte de todos y santa indignación por parte de Tita Filo.)

Tita Filo. ¡Vamos!... Eres un salvaje, Felipe Luis! Ni siquiera reparas en que hay visita. Y esto se va a acabar, porque yo me paso de prudente, pero las cosas llegan a un límite.

Doña Cristina. ¡Muy bien dicho, Filo!

Tita Filo. Sí, hija; y que no dé lugar a que yo le saque a él sus defectos, que también los tiene y muy gordos. ¡Para que lo sepas!

Don Francisco. ¡A ver, a ver!...

Doña Cristina. ¡Que se expliquen esas palabras!

Felipe Luis. ¡Habla, di! ¿Qué defectos tengo yo?

Tita Filo. El primero el de no haber hecho nada en tu vida.

Felipe Luis. Y eso ¿es un defecto? ¡Menuda ventaja! Como no saques otro...

Tita Filo. ¡Pues, otro! ¡La presunción!

Felipe Luis. ¿Yo presumido?

Tita Filo. ¡Más que una mona, sí, señor! Basta ver cómo te firmabas antes y cómo te firmas ahora para comprenderlo.

Felipe Luis. Si no me desmenuzas el problema...

Tita Filo. ¡Desmenuzado! Antes firmabas con tu nombre completo: Felipe Luis Hermoso y ahora el Luis lo has sustituído por la inicial, para que todo el que lea tu firma no tenga más remedio que llamarte Felipe L. Hermoso, que, no me negarás que es el colmo de la presunción y de la pedantería.

(La actriz pronunciará la ele muy ligada, de forma que la frase resulte Felipe el Hermoso. Los presentes se ríen y abuchean a Felipe Luis, sín dejarle defenderse.)

Felipe Luis. ¡Vamos, Filomena! ¡Mira con lo que sale!

Don Francisco. ¡Te ha chafado!

Doña Cristina. ¡Te ha hecho polvo, Felipe Luis!

María Clara. ¿Qué dices a eso, tio Felipe?

Dorita. ¡Muy bien, tita Filo!

Don Carlos. ¡Ha estao colosal!

Carmela. ¡Magnífica!

Tita Filo. ¿Qué se figuraba este don Pavo? ¡Una hormiga es y se defiende!

Felipe Luis. Pero, bueno, bueno... ¡Un poco de calma, señores, un poco de calma!

(Arrecian las protestas. Corta la discusión la presencia de FEDERICO, marido de Carmela, que surge por la derecha.)

Federico. ¿Se puede pasar?

Don Francisco. ¡Adelante, Federico!

Federico. Buenas tardes a todos.

Todos Buenas tardes.

Don Francisco. ¿Ya de partida?

Federico. Es la hora, don Francisco. Faltan veinte minutos para que pase el tren.

Don Carlos. ¡Caray! ¿Veinte minutos? ¿Dónde está mi sombrero?

Don Francisco. ¡Tranquilidad, don Carlos! Sobra tiempo para todo.

Federico Ya les habrá dicho Carmela que si necesitan algo de Madrid...

Doña Cristina. Usted ¿vuelve mañana?

Federico. Mañana, por la tarde, me tienen aquí otra vez.

Doña Cristina. Pues, sí, señor; que me va usted a hacer unos pequeños encargos...

Federico. Los que usted quiera, señora. ¡No faltaba más!

Doña Cristina. ¡Apunta, Paco, en un papel! (Don Francisco saca un papel y un lápiz y se dispone a escribir.) Tres ovillos de seda torzal, color guinda.

Don Francisco. (Después de escribir.) Guinda.

Doña Cristina. Un paquete de horquillas.

Don Francisco. ...quillas.

Doña Cristina. Otro paquete de almidón del Gato y

otro... ¿Qué dije yo ayer que hacía falta, María Clara?

María Clara. No sé, mamá.

Doña Cristina. (Haciendo memoria.) ¿Café, azúcar, chocolate...? ¡Ah, sí! Apunta. Sal molida y una caja de Lithinés. ¡Exacto!

María Clara. Pon los broches.

Doña Cristina. Los broches. ¡Tienes razón! Ya se me iba a olvidar. (A Federico.) Esto en cualquier mercería,—¿sabe usted, Federico?...—Broches corrientes.

Federico. Usted apunte lo que sea.

Doña Cristina. (A su marido.) Broches; sencillamente, broches. Corchetes. (A María Clara.) ¡A ver si las chicas necesitan algo! Ya que Federico es tan amable...

Federico. ¡Por Dios, señora!

Carmela. ¡Él, encantado!

Doña Cristina. (Llamando a la criada desde el pie de la escalera.) ¡Mercedes!

Carmela. (A Federico.) ¿Has ido al hotel de las de Vances?

Federico. Sí, mujer; de allí vengo. ¡Floja lista me han dado! (Entregándole un pliego de papel.) Repasa.

Carmela. ¡A ver! (Leyendo.) Huevos, pollos, bacalao de Escocia, sardinas en lata, una pieza del quinientos y otra del trescientos, un jersey, un biberón, merluza, judías blancas...

(Don Carlos no sale de su asombro. Por la puerta del hotel baja al jardín MERCEDES.)

Mercedes. (A doña Cristina.) ¿Llamaba usté, señora?

Doña Cristina. ¡A ver qué necesitáis vosotras, que don Federico se va a Madrid y vuelve mañana!

Mercedes. Pues, pimientos y tomates, señora, que ya sabe la falta que están haciendo, y media docena de estropajos, que también son precisos.

Don Carlos. Pero ¿cómo es posible? ¡Si aquí hay de todo, doña Cristina!

Doña Cristina. (Por Mercedes.) ¡Esta pazguata!... (A Mercedes.) ¡Anda, anda y tráele a don Carlos su sombrero! (Mercedes se va por la puerta del hotel.) De algunas cosas, amigo Ruiz, se carece, que el campo, a fin de cuentas, no es la ciudad; pero, por lo general, hay de todo.

Don Carlos. Ya lo veo, ya. ¡Y piden ustedes hasta

los pimientos! ¡Santo Dios, que a tanto llegue la pasión en algunas personas!...

(Por la puerta del hotel baja al jardín MERCEDES, con el sombrero de don Carlos.)

Mercedes. Su sombrero, señor.

Don Carlos. Gracias, chica. (Despidiéndose de María Clara.) María Clara, hasta otra y a ver si, para entonces, son mejores las noticias que te traigo.

María Clara. ¡Quiéralo Dios, don Carlos!

Don Carlos. ¡Quiéralo Dios! (Se despide de los demás.)

Don Francisco. Cristina y yo les acompañamos a ustedes hasta la estación.

Don Carlos. Pero, ¿para qué van a tomarse esa molestia? ¡De ninguna manera! No lo consiento.

Don Francisco. Es un placer, don Carlos.

Don Carlos. Como ustedes gusten. Por mí, muy agradecido.

Federico. Adiós a todos, ¿eh?

Don Carlos. ¡Adiós a todos!

Federico. Buenas tardes.

Mercedes. Buenas tardes.

Felipe Luis. ¡Adiós, amigos!

María Clara. Iremos con ellos hasta la puerta del jardín.

Tita Filo. Lo que tú digas.

Dorita. Como si quieres que vayamos a la estación.

María Clara. No; hace mucho sol todavía. Si fuera más tarde, sí.

(Salen todos por la derecha, animadamente, menos Mercedes y Felipe Luis, que se quedan en escena.)

Mercedes. ¿Qué hora es, don Felipe Luis?

Felipe Luis. ¿Cómo?

Mercedes Que qué hora es.

Felipe Luis. Si ya te he oído, pero no te creas que es tan facil averiguarlo. ¿Tienes un papel?

Mercedes. Yo, no, señor.

Don Francisco. Pues sin hacer el cómputo es inútil. Mira, por el sol, que es la fija... (Mira al cielo y como no logra saber la hora, lo confiesa.) ¡Que te lo diga Retama! (Vase por la puerta de la casa del jardinero. Por la derecha vuelven MARÍA CLARA, DORITA y TITA FILO. Dentro, hacia la

izquierda, suena el estallido de un neumático. Mercedes se marcha por la izquierda.)

María Clara. ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿No habéis oído?

Dorita Será un neumático.

Tita Filo. Seguramente.

(Dentro, hacia la izquierda, se oyen voces confusas que, poco a poco, se van acentuando.)

María Clara. ¿Vosotras os quedaréis aquí a comer?

Tita Filo. Lo que diga Dorita. Yo no quisiera, que luego me da miedo irme de noche.

María Clara. ¡Vamos, tita Filo! (Prestando atención.) ¡A ver!... Callad un momento. Algo ha debido ocurrir en la carretera. Se oyen voces, murmullos...

Dorita. Tienes razón. Voy a enterarme.

(Vase Dorita por la izquierda al mismo tiempo que vuelve MERCEDES, despavorida.)

Mercedes. ¡Ay, señorita de mi alma!

María Clara. ¿Qué ha pasado, Mercedes?

Mercedes. Una moto que ha volcao aquí mismo, al tomar la curva.

María Clara. ¡Vaya por Dios!

Tita Filo. (Tapándose los ojos.) ¡Qué espanto!

Mercedes. Retama y Felipe, el peón caminero, que han sido los primeros en acudir a socorrer a los heridos, me han dicho que les pregunte a ustedes si los pueden pasar aquí, a la casa.

María Clara ¿Cómo no? ¡Ya lo creo!

Tita Filo. Pero, ¿es que hay heridos?

María Clara. ¡Que los traigan en seguida, mujer! ¡No faltaba más!

Mercedes. Voy a decirlo, señorita. (Vase por la izquierda.)

Tita Filo. ¡Señor, si lo verdaderamente milagroso es que no sucedan, al día, ochenta desgracias como ésta; si hay que ver cómo van por ese camino, que parecen locos!.. ¡Jesús, Jesús, Jesús, y mil veces Jesús!

(Por la izquierda, vuelve DORITA.)

María Clara. ¿Te has enterado, Dorita?

Dorita. De enterarme vengo. ¿Tú sabes quienes son los de la moto? Gonzalo, Lalo y Charito la Hebrea.

María Clara. (Con emoción.) ¿Qué?

Tita Filo. ¡Cristo bendito!

Dorita. ¡De ninguna manera deben entrar aquí!

Tita Filo. Naturalmente. ¿Cómo va a entrar aquí esa gentuza, y menos en ausencia de tus padres? ¡Jamás! Me alegro de lo que les ha pasado. ¡Ahí lo tienen! ¡Castigo de Dios!

María Clara. ¡Calla, tita Filo!

Tita Filo. ¿Qué dices?

María Clara. Digo que yo no tengo por qué saber de quien se trata, pero que, aún sabiéndolo, mis sentimientos me obligan, en este caso, a prescindir del daño que me hayan podido hacer y a darles la hospitalidad que reclaman. Para mí no son más que unos heridos que necesitan auxilio. Y mi deber es prestárselo. Si estuvieran aquí mis padres, pensarían igual que yo. ¡Estad seguras! Y para probaros que es así, yo misma voy por ellos. (Vase por la izquierda.)

Dorita. ¿Qué te parece?

Tita Filo. Hay que dejarla. ¡Es otra doña Juana de Arco!

Dorita. ¿El qué?

Tita Filo. ¿Doña Juana de Arco, no fué la loca?

Dorita. No, tía.

Tita Filo. ¡Entonces, me he colado!

(Por la izquierda, sale MARIA CLARA, y se encamina rápidamente al hotel.)

María Clara. (Con la voz velada por la emoción, pero conservando su entereza.) Aquí vienen. ¡Andad, vosotras; no os quedéis ahí paradas! Hay que preparar tila, gasas, éter... ¡A Gonzalo lo traen desvanecido! ¡Pobre Gonzalo! (Vase por la puerta del hotel.)

Dorita. ¿Qué hacemos, tía?

Tita Filo. Ir a donde sea. ¡Tendría que ver! ¡A mí no me gana tu prima a sentimientos generosos! ¡Pronto! ¡Las gasas! ¡Los heridos!

(Dorita y Tita Filo, se marchan por la puerta del hotel. Por la izquierda entran RETAMA y UN PEÓN CAMINERO, trayendo desvanecido a GONZALO, al cual conducen al hotel. Con ellos, muy apurada, viene MERCEDES, y detrás, LALO y CHARITO LA HEBREA, ésta con un guardapolvo y una go-

rita de viaje, y aquél, con la mano derecha liada en su propio pañuelo. Charito da muestras de estar muy excitada.)

Mercedes. ¡Ay, Dios mío, qué desgracia tan grande! ¡Pobre señorito Gonzalo!

Retama. No te apures, chica, que no tié ná; el susto y el porrazo.

Un peón caminero. Suerte suya caer donde ha caío, que diez metros más allá, no lo cuenta.

Mercedes. ¡Pobre señorito Gonzalo!

(Entran por la puerta del hotel, Retama y un peón caminero, con Gonzalo y después Mercedes.)

Lalo Pinares. ¡Mira que es patarra! ¡Habernos venido a meter en la boca del lobo!..

Charito la Hebrea. Y, ¿quién te dice que no lo ha dispuesto Dios?

Lalo Pinares. ¿Es que tú crees que Dios se mete en estas cosas?

(Por la puerta de la casa del jardinero, sale FELIPE LUIS, el cual se sorprende al encontrarse con Lalo y Charito.)

Felipe Luis. ¡Lalo! ¿Tú aquí?

Lalo Pinares. ¡Yo aquí, don Felipe! Por lo visto, usted no está enterao. Acabamos de volcar en la carretera, y Gonzalo ha dao un gachapazo que no ha habido más remedio que traerlo poco menos que en una espuerta.

Felipe Luis. (Alarmado.) ¿Qué dices?

(Por la puerta del hotel sale MARÍA CLARA. Charito se ha sentado y, apoyando el brazo sobre una de las mesitas, permanece con la cabeza baja y la vista en el suelo.)

María Clara. ¿Has visto qué desgracia, tío Felipe?

Felipe Luis. Eso me está diciendo Lalo. ¿Cómo no me habéis llamado?

María Clara. ¡Qué sé yo! Gonzalo ya ha vuelto en sí.

Felipe Luis. ¡Ah! ¿Ya ha vuelto?

Charito la Hebrea. ¿Ha vuelto?

María Clara. (Clavando sus ojos en Charito.) Sí. (Charito baja de nuevo la vista al suelo.)

Charito la Hebrea. ¡Menos mal!

María Clara. Hay que avisar a papá y a don Carlos de lo que ocurre. (Por la puerta del hotel, bajan al jardín RETAMA y UN PEÓN CAMINERO.) Tú, Retama; anda, llégate en un vuelo a la estación, y diles a mis padres y al señor que va con ellos lo que ha pasado. Y, de camino, acércate a la casa del médico, y si está allí y logras que se venga contigo, mejor. ¡Corre!

Retama. ¡Al momento, señorita! (Vase por la derecha.)

Lalo Pinares. (Al peón caminero.) Y usted, buen hombre, a ver si encuentra mi sombrero.

Charito la Hebrea. Y mi bolso.

Un peón caminero. Descuiden los señoritos, que tó parecerá. La moto, supongo que no querrán ustés que la entre, porque se ha quedao que es talmente un churro.

Felipe Luis. ¡No, hombre! ¡Qué van a querer! Anda a lo que te han dicho.

Un peón caminero. Con licencia. (Vase por la izquierda.)

Felipe Luis. Voy a ver a Gonzalo. (Vase por la puerta del hotel.)

María Clara. Tú, Lalo; si quieres lavarte, cepillarte... ¡Con toda confianza!

Lalo Pinares. Gracias, María Clara.

María Clara. (A Charito.) Y lo mismo le digo a usted, señora.

Charito la Hebrea. (Sin levantar la cabeza.) Muchas gracias.

María Clara. Ya he mandado que le hagan una taza de tila con azahar. Está usted muy nerviosa. Y me lo explico.

Charito la Hebrea. ¡Pero, por Dios!... ¿Por qué se ha molestado? Es usted muy bondadosa.

María Clara. Procuro serlo. (Viendo aparecer por la puerta del hotel a MERCEDES, con una humeante taza de tila, la cual deja sobre la mesita cercana a Charito. No creo necesario advertir que la taza irá sobre una bandeja, acompañada por una cucharilla, un azucarero y una servilleta.) Ya está aquí la tila. (A Mercedes, después de recogerle el servicio.) Puedes retirarte. (Disponiéndose a servirle la tila a Charito.) ¿Muy dulce la prefiere?

Charito la Hebrea. (Avergonzada.) Esto es demasiado... Yo no merezco...

María Clara. (Después de haberle echado dos cucharadas de azúcar.) ¿Así?

Charito la Hebrea. Bien está.

María Clara. (Después de haber movido el azúcar con la cucharilla, ofreciéndole la taza con su mano.) Ande, tómesela ahora, antes de que se enfríe; sorbito a sorbito... Le hará bien.

Charito la Hebrea. Me aturde usted; me tiene confundida...

María Clara. Ande, ande... (Charito se toma la tila.)

Lalo Pinares. (¡Es única esta mujer!)

Charito la Hebrea. ¡Cuánto me debe usted odiar!

María Clara. ¿Yo?

Charito la Hebrea. Y, sin embargo, lleva usted su bondad hasta un extremo insospechado. Es usted muy generosa.

María Clara. ¿Por qué? El más elemental deber de cortesía me lleva a atender a unos viajeros que sufrieron un accidente en su camino. Si estos viajeros, además, son antiguos conocidos, ¿por qué ha de extrañar a nadie que la cortesía se cambie en solicitud? Nada más natural.

Lalo Pinares. (¡Es más grande que Ochoa!)

María Clara. A mi casa han llegado ustedes pidiendo hospitalidad, y yo se la he dado, tan amplia como me correspondía; que el honrar a nuestros huéspedes, es honrarnos a nosotros mismos. Así, pues, no pase usted cuidado, señora, ni le confunda mi generosidad, que en la vida cada cual procede como quien es y le corresponde.

Lalo Pinares. (¡Chúpate esa!)

Charito la Hebrea. Pero usted cree o, por lo menos, piensa que yo fuí quien le robó el cariño de Gonzalo, y no obstante, su conducta conmigo, en esta ocasión...

María Clara. Ya le he dicho que cada cual obra como quien es.

Charito la Hebrea. Conforme; pero yo necesito decirle a usted también—aunque usted lo dude—que para nada he influído en la decisión de Gonzalo.

María Clara. Eso, no me importa; pasó para no volver más.

Charito la Hebrea. No es usted sincera, María Clara. Y perdone usted que la llame por su nombre. Usted quiere a Gonzalo, como Gonzalo la quiere a usted. Un punto de amor propio les mantiene alejados, pero pa-

rece como si Dios hubiera dispuesto lo de hoy, para devolvérselo a usted.

María Clara. ¿Y es usted quien me lo dice?

Charito la Hebrea. Eso le probará que no le miento. Gonzalo es bueno, noble, formal, incapaz de aventuras ni de enredos... ¡Un hombre cabal donde se pongan los hombres cabales!

María Clara. Así era.

Charito la Hebrea. ¡Y así es! Se lo puedo jurar por la memoria de mis padres. Y si ni un solo instante ha dejado de pensar en usted ni de quererla, usted—tan generosa con todos—debe serlo también con él y perdonarlo. ¡Es un ruego que yo me atrevo a hacerle!

María Clara. ¡Si fuera cierto lo que usted dice!...

Lalo Pinares. ¡Y es cierto, María Clara!

María Clara. ¿Qué?

Lalo Pinares. Ha llegao la hora de decir la verdad y voy a decirla por amarga que para mí sea. Gonzalo es inocente de todo. Yo solo tengo la culpa. ¡Perdóname! Te quería tanto que no me resignaba a perderte; pero, visto lo estéril de mis propósitos, dada tu obstinación en rechazarme, y puesto que en nada me he beneficiao con separarte de Gonzalo, yo renuncio, desde ahora, a mi sueño y te devuelvo al hombre que tú quieres. ¡Cásate con él y que seas todo lo feliz que te mereces y que yo te deseo! (Esto último lo dice con sincera emoción.)

María Clara. (Compasiva.) ¡Lalo!...

Charito la Hebrea. ¡Así se porta un hombre!

Lalo Pinares. (Con la voz velada por las lágrimas.) ¡Perdóname, María Clara! (Sacando fuerzas de flaqueza para que no le vean llorar.) ¡Anda! ¡Vámonos, Charo!

Charito la Hebrea. Aguarda, chico. ¿Sin despedirnos de Gonzalo nos vamos a ir?

(Por la puerta del hotel baja al jardín GONZALO.)

María Clara. Aquí baja él.

Gonzalo. (Avergonzado.) Dios te guarde, María Clara.

María Clara. Dios te guarde, Gonzalo. ¿Estás mejor?

Gonzalo. Por fortuna no ha sido más que el susto. ¡Gracias a ti por todo cuanto has hecho!

María Clara. Era mi obligación.

(Hay una pausa embarazosa. Gonzalo mira a Charito y a Lalo.)

Gonzalo. ¿Nos vamos?

Lalo Pinares. Nosotros, sí. ¡Tú te quedas!

Gonzalo. ¿Eh?

Lalo Pinares. ¡Porque María Clara te perdona!

Gonzalo. ¿Qué?...

(Gonzalo mira anhelante a María Clara y ésta baja los ojos al suelo, momento que aprovecha Lalo para huir.)

Lalo Pinares. (Empujando a Charito hacia la izquierda y con profunda emoción.) ¡Vámonos, Charo, que aquí no nos queda nada que hacer! (¡Mañana a América! ¡Con el mar de por medio y ni aún así podré olvidarla!)

(Se van por la izquierda Lalo y Charito. Gonzalo, tímidamente, se acerca a María Clara.)

Gonzalo. ¡María Clara!

María Clara. (Tendiéndole la mano sin levantar la vista del suelo.) ¡Gonzalo!

(Por la derecha entran atropelladamente DON CARLOS, DON FRANCISCO y DOÑA CRISTINA. Don Carlos se abraza a Gonzalo.)

Don Carlos. (Afectado.) ¡Hijo!

Gonzalo. ¡Papá!

Don Francisco. ¿Qué ha sido eso?

Doña Cristina. ¿Qué ha sido?

Gonzalo. Nada, por mi suerte. Me he podido matar, pero no he hecho más que nacer de nuevo.

Don Carlos. ¿Nacer?

Gonzalo. ¡Para el amor de María Clara!

(Los padres de María Clara y don Carlos dan muestras de satisfacción. Por la puerta del hotel aparecen FELIPE LUIS, DORITA y TITA FILO.)

Felipe Luis. (Desde lo alto de la escalinata.) ¡Atención!

María Clara. (Con alegría.) ¡Tío Felipe!

Felipe Luis. (Descendiendo al jardín.) ¿Qué te dije yo, sobrina? ¡Que sea enhorabuena! (Imponiendo silencio.) ¡Atención! Hora de Pinos de la Sierra. (Abrazando a María Clara y a Gonzalo.) ¡Hora de la felicidad!

Don Carlos. ¡Nada de Pinos de la Sierra, don Felipe! ¡Pino de la Sierra! En singular. Lo que yo prometo, lo cumplo. (Sacando de un bolsillo de la americana una ese grande de metal.) ¡Aquí está la ese de la estación!

(Todos se ríen, y entre las felicitaciones y los abrazos a María Clara, de Dorita, Tita Filo y doña Cristina, cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, julio 1925.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)

¡Te la debo, Santa Rita!, entrémés. (Cuarta edición.)

Los ídolos, comedia en dos actos. (*)

El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

Correo de gabinete, entremés. (*)

El patio de los naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)

Punta de viuda, entremés.

El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)

La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

Primavera de la vida, comedia en un acto.

La casa de los pájaros, drama en cuatro actos. (Segunda edición.)

Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)

Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.

El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

La sal del cariño, entremés.

La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.

La caseta de la feria, comedia en tres actos.

Alfonso XII, 13, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

La mujer de su casa, sainete.

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

El Otelo del barrio, sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.

Inmaculada, comedia en tres actos.

Constantino Pla, comedia en tres actos.

El clavo, comedia en tres actos.

El paso del camello, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Cándido Tenorio, sainete en cinco cuadros, dispuestos en dos actos, con música del maestro Jacinto Guerrero.

El primo, comedia en tres actos.

La negra, comedia en tres actos.

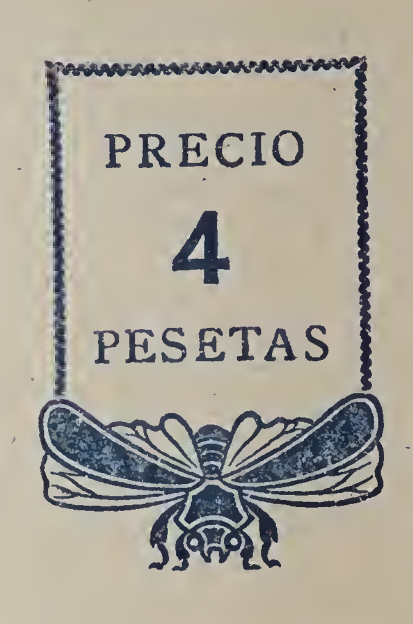
Pimienta, comedia en cuatro actos.

La señorita Primavera, comedia en tres actos.

Colonia de lilas, comedia en tres actos.

La copla vengadora, novela.

La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo».)



Sucesor de R. Velasco.—Telef. 5-8
Marqués de Santa Ana, 11 dupl